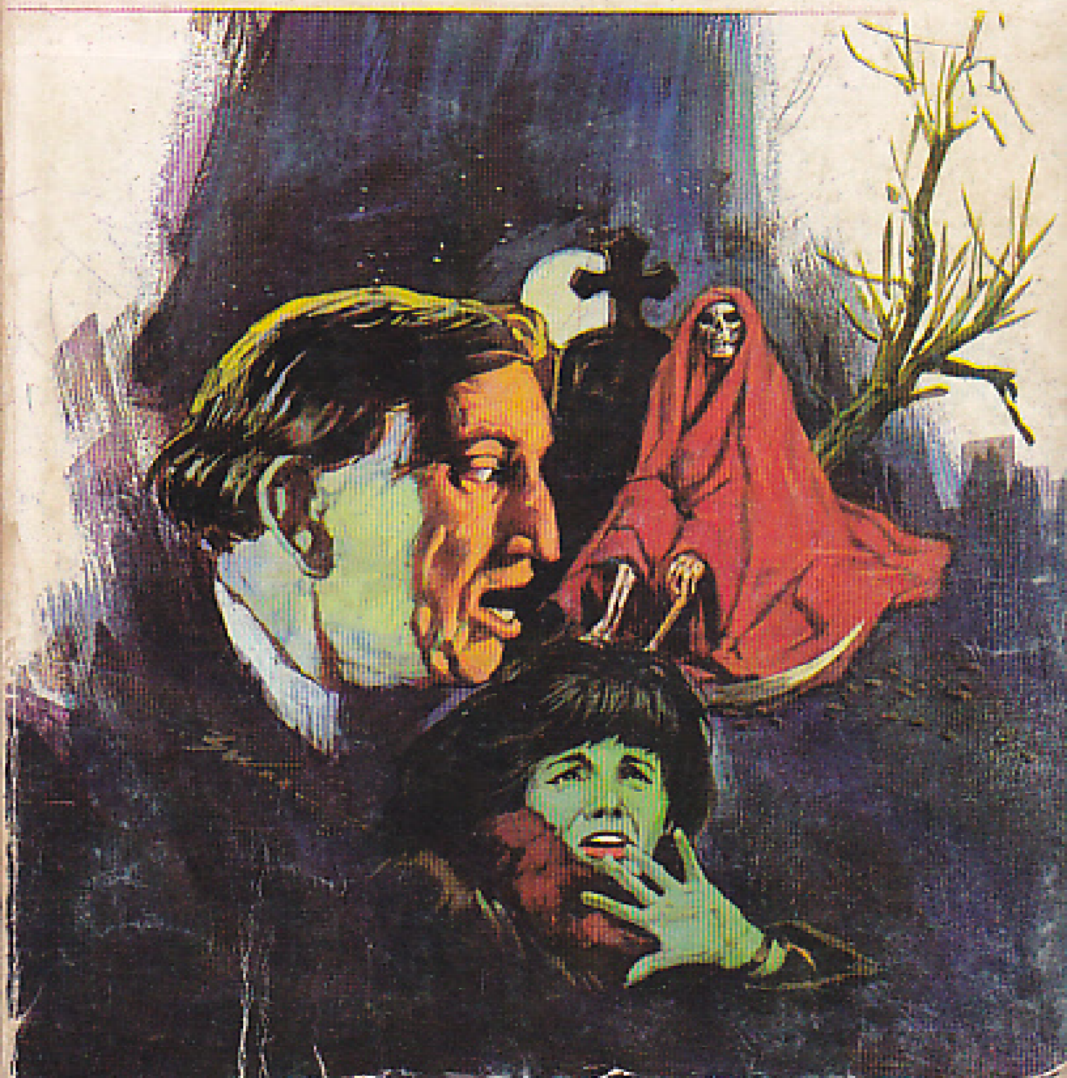
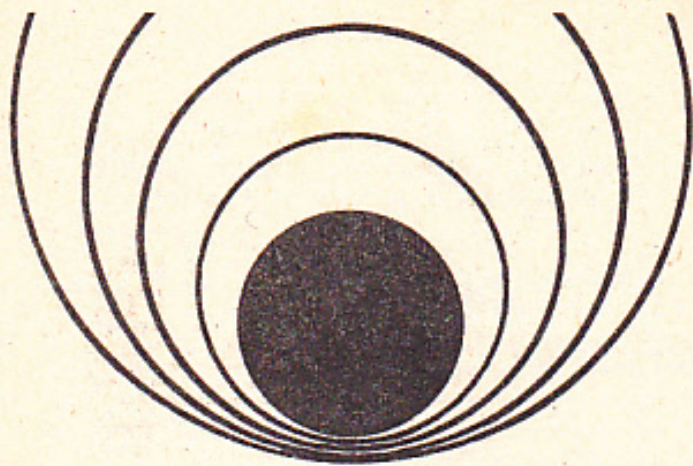


**PUNTO
ROJO**

EL ASESINO INVENTA SU CRIMEN

Clark Carrados





PUNTO ROJO



CLARK CARRADOS
EL ASESINO INVENTA SU CRIMEN

Colección PUNTO ROJO n.º 965
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.713 — Socio del enterrador.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.572 — Una cueva de ladrones.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

1.058 — Sed de odio, sed de sangre.

En Colección CALIFORNIA:

812 — Abogado de revólver.

En Colección KANSAS:

1.030 — Derrota y victoria.

En Colección BRAVO OESTE:

626 — Clave para el asesino.

En Colección SALVAJE TEXAS:

818 — El fin de la cuenta.

En Colección ASES DEL OESTE:

635 — Las siete chicas de oro.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

138 — Contratados para morir.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

66 — Destinos ardientes.

En Colección PUNTO ROJO:

960 — Una chica con ganas de jaleo.

En Colección COLORADO:

1.069 — Unidos por el odio.

ISBN 84-02-0252Ó-X

Depósito legal: B. 26.039 - 1980

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: octubre, 1980

© Clark Carrados - 1980

texto

© Antonio Bernal - 1980

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Parets del
Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1980

CAPITULO PRIMERO

El alto y severo mayordomo se inclinó respetuosamente ante la pareja que acababa de llegar a la mansión.

—Selene Oldham —dijo la mujer, a la vez que tendía un tarjetón de gruesa cartulina, que pasó a manos del mayordomo.

—Ralph Cates —se presentó el hombre, realizando la misma operación.

—Bien venidos a Maldvane House, señorita, señor —dijo el mayordomo—. Mi nombre es Holmes, para lo que gusten mandar. Tengan la bondad de seguirme; la mayoría de los invitados han llegado ya. Por aquí...

Holmes echó a andar, cruzando diagonalmente el enorme vestíbulo, en dirección a una puerta de madera oscura, ricamente tallada. Selene y Cates caminaron tras él, emparejados, pero sin tocarse. Ella tenía unos treinta años y poseía una figura de curvas exuberantes. El pelo era intensamente rubio, casi blanquecino, y sobre sus hombros desnudos reposaba descuidadamente una estola de zorro plateado.

Cates era más bien bajo, con notoria tendencia a la gordura y ya medio calvo, pese a que apenas tenía dos o tres años más que la mujer. Ambos se conocían desde hacía algunos años, pero su trato había sido hasta entonces más bien superficial.

—Me pregunto por qué nos habrán citado aquí, después de un año de la muerte del viejo —murmuró Selene, mientras avanzaban a través del vestíbulo.

—No será para regalarte dinero —contestó Cates—. El viejo la «diñó», no dejó herederos y yo no espero un solo centavo de su inmensa fortuna.

—¿Por qué no? Era un tipo muy estrambótico. Ciertamente, murió sin testar, pero ¿no te parece extraño que haya pasado tanto tiempo y nadie sepa aún qué destino se va a dar a su inmensa fortuna?

Ella hizo una mueca.

—Aún no estoy muy segura de que haya muerto. Es capaz de salir de su tumba otra vez, para darnos un disgusto. O burlarse de nosotros —dijo de mal humor.

Holmes abrió la puerta.

—Tengan la bondad de pasar —invitó cortésmente.

Selene y Cates cruzaron el umbral y entraron en una vasta habitación, en la que había ya seis personas más, a todas las cuales conocían en mayor o menor grado.

—Vaya —exclamó alguien burlonamente—, ya están aquí los que faltaban.

—No esperaba verte aquí, Logan Byne —contestó Selene.

—Lo mismo podría decir yo, ¿no crees?

Byne contaba unos cuarenta años y era alto, delgado y con las sienes ya blancas. Su aspecto era el de un *play-boy* maduro y experto, de vuelta ya de todo cuanto pudiera ofrecerle la existencia.

Había también otras dos mujeres y tres hombres más. De ellas, una rondaba los cincuenta años y ofrecía el aspecto de la persona que ya no tiene que esperar nada de la vida, cansada y amargada de todo y de todos. Su nombre era Betty Miles.

La otra contaba unos veintiocho años y era una espectacular morena, de cuerpo espléndidamente conformado y exuberante cabellera. Parecía muy segura de sí misma y sonreía constantemente, enseñando los dientes, blancos y perfectos, con el menor motivo. Se llamaba Susan Hathmore.

Los tres restantes individuos atendían por los nombres de Andy Feldon, Rory Steiner y Reg Norris. Los dos primeros eran aproximadamente de la misma edad, unos treinta y cinco años, y de aspecto más bien corriente. Norris pasaba ya del medio siglo y ofrecía la apariencia de un hombre astuto y que no había confiado jamás en nadie que no fuese él mismo. En su mundo cráneo no había la menor señal de vello, cosa que compensaba absurdamente con un espantoso bigote, que hacía desaparecer su boca casi por completo. El resultado era estremecedoramente ridículo, pero Norris parecía muy contento con aquel apéndice piloso que venía a compensar la falta total de vello a partir de la frente.

Holmes, rápida y discretamente, sirvió bebidas y se retiró. Pronto sería de noche y todos los congregados en aquella sala esperaban ser llamados para la cena a no tardar mucho.

Pero ninguno tenía la menor idea de los motivos por los cuales había sido citado en la casa.

—¿Alguien lo sospecha siquiera? —preguntó Byne.

—Hace un año, estábamos aquí siete de los hoy presentes —dijo Feldon pensativamente, mientras contemplaba el fondo de su copa.

—Y también estaba el viejo —añadió Susan, a la vez que se ponía un cigarrillo en la boca de rojos y sensuales labios.

Steiner le ofreció fuego con su encendedor.

—El viejo murió tal día como hoy, durante la noche —manifestó—. Todos estábamos aquí y tuvimos que marcharnos chasqueados.

—Quizá decidió que se abriera el testamento un año más tarde de su muerte —apuntó Betty Miles.

—Su abogado dijo que no existía ningún testamento —dijo Selene, a la vez que cruzaba las piernas.

—Eso no importa —contestó Feldon—. Pudo redactarlo ante

otro abogado o, simplemente, de su puño y letra ante dos testigos, cuya personalidad desconocemos por completo. Pero si esos testigos eran de su confianza, pudieron haber seguido sus instrucciones al pie de la letra y por eso estamos hoy reunidos aquí.

—De todos modos, pronto saldremos de dudas —aseguró Cates—. Según la invitación, a las ocho de la noche en punto, alguien nos explicará los motivos por los cuales hemos sido citados. Y, en mi reloj, faltan ya solamente diez minutos, de modo que lo mejor será que no nos pongamos nerviosos y tomemos otra copa.

Las palabras de Cates provocaron un relajamiento casi total de la tensión que había reinado en el ambiente hasta entonces. Cates se acercó a la morena y le dijo algo que provocó una estridente carcajada de Susan. Luego ella meneó la cabeza y sonrió.

—Lo siento, ya no actúo como piensas —dijo.

—Pero antes...

—El viejo me daba muy poco trabajo y me pagaba espléndidamente. Logan, sé que tengo un físico excepcional. Es mi única fuente de ingresos y procuro que éstos sean lo, más altos posibles. Perdona el cinismo, pero quiero que sepas lo que pasa de una vez.

—Es decir, si no hay dinero, no...

—«Mucho» dinero —dijo ella intencionadamente—. Y, me parece, tus finanzas no andan muy boyantes, ¿verdad?

Cates hizo una mueca.

—Estoy sin blanca —admitió.

—Quizá esta noche salgas con los bolsillos bien repletos. Lo siento, Logan.

—Bueno, al menos, dime cuál es tu tarifa...

Susan entornó los ojos.

—Depende —contestó—. Ahora, precisamente, tengo un «contrato» para un mes. Quince mil dólares, una pulsera que me gustaba muchísimo y casi todo el tiempo en un yate de lujo. ¿Qué te parece?

—Tu «patrón» es un hombre de suerte —suspiró Cates.

—Puede pagarme —dijo ella escuetamente.

Steiner consultó su reloj.

—Falta un minuto —anunció.

Todas las conversaciones, que se habían animado notablemente, cesaron de súbito. Ocho pares de ojos se dirigieron hacia la puerta, que se había mantenido cerrada después de la marcha de Holmes.

Selene rompió el silencio inesperadamente.

—A propósito —exclamó—. El mayordomo es nuevo. No es el

mismo que estaba aquí hace un año.

—Alguien habrá contratado a Holmes —supuso Feldon—. El otro era ya muy viejo y se habrá retirado.

—O se habrá muerto de pena, tras el fallecimiento de su amo. Llevaba cantidad de años con él —recordó Byne.

En aquel momento se abrió la puerta. Un hombre joven, alto, de agradable presencia, dio unos pasos en el interior del salón.

—Buenas noches a todos —saludó con voz clara y fresca—. Mi nombre es Perry Quinn y soy hijastro del difunto sir Archibald Egan.

* * *

Con la punta de la navaja apoyada en su garganta, Phyllis Humpden se creía presa de una irreal pesadilla, de la que podía despertar en cualquier momento. El hombre que empuñaba la navaja, sentado a su derecha en el asiento posterior del coche, reía estremecedoramente casi a cada momento. A Phyllis le parecía que Jerry Manner se hallaba bajo el influjo de la droga o, por lo menos, de un poderoso estimulante.

Slate Burd conducía el coche. Phyllis no tenía la menor idea de los motivos del secuestro. Era una simple empleada, que ganaba un buen sueldo, pero no poseía fortuna alguna que pudiera atraer la atención de sus raptos.

Había sido secuestrada menos de media hora antes, cuando estaba a punto de entrar en su casa. El coche había dado muchas vueltas. Phyllis tenía la impresión de que los secuestradores no estaban muy seguros del lugar al que se dirigían. Algunas de sus frases abonaban tal suposición, pero no mejoraban en absoluto su estado de ánimo.

Tenía miedo, aunque intentaba disimularlo. Conocía vagamente a la pareja, dos jóvenes de poco más de veinte años, quienes jamás habían desempeñado un trabajo honrado en los días de su existencia. De repente, Manner soltó una blasfemia.

—Slate, estamos perdiendo el tiempo —añadió.

—Es que no encuentro el camino —dijo el conductor—. Ah, sí, mira, ahí está el camino.

Manner rió casi histéricamente.

—Bueno, ya era hora —dijo, satisfecho—. Preciosa, ¿sabes por qué estás con nosotros?

—No —respondió Phyllis, con sorprendente serenidad—. Pero me gustaría saberlo.

—Nos denunciaste a la policía —dijo Burd por encima del hombro—. ¿O ya lo has olvidado?

—¿Que yo...? Eso es absurdo —protestó ella—. Jamás he tenido la menor relación con ustedes...

—Teníamos un buen negocio entre manos —dijo Manner—. Te chivaste a los «polis» y el asunto se fue al diablo. Nos «enchironaron» seis meses. En la cárcel juramos que lo pagarías.

—Insisto en que no sé nada...

—¡Cierra el pico! —rugió Burd—. Tus excusas no nos interesan en absoluto, ¿sabes?

El coche rodaba ahora por un camino que ascendía en suave pendiente por la ladera de una loma boscosa. Los faros apartaban la oscuridad a ambos lados de la ruta.

—Al menos, me gustaría que me dijeran cuáles son sus intenciones —rogó ella cortésmente.

—Eres joven y bonita. ¿No tienes imaginación? —rió Manner.

Phyllis se estremeció. Manner notó la sacudida de su cuerpo y volvió a reír, con aquella risa de hiena que tanto le gustaba de oírse a sí mismo.

—Sí, lo pagarás... ¡y de qué modo! —exclamó.

—Y luego... —Burd se pasó un dedo por la garganta.

Phyllis apretó los labios. Era una muchacha resuelta, de carácter firme y decidido. Había sido cogida por sorpresa y ello la había impulsado a no resistirse en el primer momento. Pero no estaba dispuesta de ningún modo a que sus secuestradores pudieran llevar a cabo sus siniestros propósitos.

Podía morir, pero no se dejaría atropellar sin resistirse hasta el máximo de sus fuerzas. Practicaba deporte con cierta regularidad y hacía ejercicio. Manner y Burd no sabían lo que era levantar una pesa de cinco kilos a un metro del suelo o una caminata de dos kilómetros siquiera. En sus jóvenes rostros estaban impresos el vicio y la disipación. Bebían y casi podía asegurar que eran adictos a alguna droga. Cuando llegase el momento, pondría en juego todos sus recursos para defenderse.

—Ahí está la casa —exclamó Burd de repente.

La silueta del edificio se recortó contra el cielo ya iluminado por la luna. Phyllis no había estado nunca en aquellos parajes.

—¿Seguro que no hay nadie en ese caserón? —preguntó Manner.

—El dueño murió hace un año y desde entonces no ha sido habitado —contestó el otro con aire de suficiencia.

—¿Hay muebles? Quiero decir, camas —rió Manner.

—Al menos, buenas alfombras —dijo Burd.

Los dos secuestradores rompieron a reír estrepitosamente. Phyllis apretó los labios.

Quizá les daría una sorpresa, se dijo.

El coche se detuvo momentos después. Manner agarró a la muchacha por un brazo y, sin dejar de apoyar la navaja en su garganta, tiró de ella hacia fuera.

—Final de trayecto —anunció.

* * *

La luz de la luna era suficiente para que Gratt Mitchell pudiera conducir con los faros apagados. Estaba habituado a situaciones semejantes, aunque en otros ambientes y con vehículos muy distintos. Por dicha razón, los secuestradores de Phyllis no se habían percatado de que eran seguidos desde el primer momento.

Las luces del coche que guiaba Burd le habían precedido como indicativo que no dejaba lugar al extravío. Mitchell sentía ciertas aprensiones acerca de lo que ambos sujetos pensaban hacer con su prisionera. Pero no podía hacer nada mientras el coche que le precedía no se hubiese detenido en alguna parte.

Al cabo de un buen rato, vio que se paraba delante de una casa de grandes dimensiones. Cerró el contacto de su coche y saltó al suelo. En aquellos momentos, Burd y Manner abrían la puerta del edificio y penetraban en su interior.

Burd encendió las luces del vestíbulo, apagadas en aquel momento.

—Ven, Jerry —indicó.

La mano de Manner se cerró con fuerza en torno al brazo de la muchacha.

—Camina, muñeca.

Los tres cruzaron el vestíbulo. Mitchell llegó a la puerta segundos después. Había quedado entreabierta y pudo ver a los secuestradores y a su prisionera en el momento de entrar en una habitación situada casi en el lado opuesto a la entrada.

—Me parece que aquí encontraremos lo que buscamos —dijo Burd a la vez que empujaba uno de los batientes de la puerta.

Dio dos pasos y se quedó inmóvil, estupefacto, al contemplar el grupo de personas de ambos sexos que se hallaba congregado en aquella estancia.

CAPITULO II

Cuando Perry Quinn anunció su parentesco con el difunto propietario de la casa, hubo un movimiento general de estupefacción entre todos los presentes.

—¡Un hijastro de sir Archibald! —exclamó Selene.

—Nunca dijo que estuviese casado —barbotó Steiner.

—¿Dónde está su viuda, es decir, su madre de usted? —preguntó Susan.

Quinn levantó ambas manos.

—Por favor —rogó, tratando de acallar el pequeño tumulto que habían provocado sus palabras—. Déjenme explicar todo; luego podrán hacerme las preguntas que deseen. Sin embargo, les diré que tengo la documentación que prueba lo que acabo de afirmar.

—Ya dije que el viejo, aun después de muerto, nos daría una sorpresa —rezongó Cates.

—Está bien, admitamos que es su hijastro —dijo Susan—. El viejo no mencionó nunca la existencia de una segunda esposa, porque ya había estado casado una vez y no tuvo hijos. Sin duda, se casó de nuevo y su segunda mujer tenía un hijo...

—Exactamente —sonrió Quinn—. Cuando se celebró ese matrimonio, yo tenía nueve años, pero nunca vivimos mi madre y yo en esta casa. No obstante, puedo asegurarles que sir Archibald me quiso tanto como si realmente hubiera sido hijo suyo. Por eso me dejó como albacea de su testamento.

—Ah, hay un testamento —murmuró Betty Miles.

—Con la firma reconocida por dos testigos de solvencia. Pero ya les enseñaré el documento más tarde —aseguró el joven—. Por ahora, lo único que les interesa saber es su contenido.

—Sí, dígalo, pronto —pidió Susan ávidamente.

Quinn sonrió.

—En síntesis, y por lo que se refiere a ustedes particularmente, puedo decirles que mi padrastro dejó ciento cincuenta mil dólares a cuatro de los presentes.

—¿Sólo a cuatro? —gruñó Steiner.

—¿Quiénes son? —chilló Selene.

—No lo sé —contestó Quinn sorprendentemente—. Vamos a averiguarlo esta misma noche. Sir Archibald no citó nombres; sólo dijo que los que debían percibir esa suma serían aquellos que no hubiesen intentado atentar contra su vida.

—¡Pero no fue asesinado! —gritó Feldon.

—¡Murió de un ataque cardíaco! —exclamó Byne.

—En eso están todos equivocados. De los ocho que están aquí, cuatro intentaron matarlo aquella misma noche. Es claro que sólo

uno lo consiguió, pero puesto que los cuatro trataron de eliminarlo, la culpabilidad debe ser igual para los componentes del cuarteto.

—¡No he oído nada tan fantástico en los días de mi vida! —manifestó Cates.

—¿Por qué no hubo intervención de la policía? —inquirió Susan.

—Se prefirió evitar el escándalo. Algunas de sus acciones podían haber sufrido graves pérdidas. Todo el mundo sabía que estaba delicado de salud, pero que aún podía resistir varios meses, o quizá años —explicó Quinn—. Una muerte inesperada, y más si se debía a un asesinato, hubiese causado graves quebrantos financieros. Pero todo eso se ha solucionado ya y ha llegado el momento de descubrir a los asesinos.

Selene alzó una mano.

—¡Un momento! Yo lo vi recién muerto y no aprecié en él señales de violencia —aseguró.

—Hubo violencia —afirmó el joven rotundamente—: Con gran discreción, se hizo la autopsia al cadáver y se encontraron en él dos pinchazos, causados por sendos punzones y en momentos distintos, uno en el corazón y otro en la nuca. También se encontraron rastros de veneno en sus vísceras y señales de una cuerda anudada en torno a su garganta. Lo cual, lisa y llanamente, significa que cuatro de los presentes subieron sucesivamente a su habitación y lo pincharon, lo envenenaron y lo estrangularon. El enigma, por tanto, consiste en saber quiénes lo hicieron.

Hubo un profundo silencio después de las últimas palabras del joven. Luego, Selene formuló una pregunta:

—¿Qué sucederá con los asesinos?

—Perderán sus ciento cincuenta mil dólares —contestó Quinn.

Todos los presentes empezaron a mirarse unos a otros, con enorme recelo. Cates pateó el suelo.

—Eso no va conmigo —dijo—. Yo no lo maté.

—¿Puede demostrarlo?

Cates se mordió los labios. Quinn miró sucesivamente a los restantes.

—Cuatro de ustedes saben que he dicho la verdad. Y también saben algo más...

El joven no supo seguir hablando. La puerta del salón se abrió bruscamente y tres personas desconocidas irrumpieron casi con violencia.

—Me parece que aquí encontraremos lo que buscamos —dijo Burd. Y se calló instantáneamente, lleno de sorpresa al ver la

estancia repleta de gente.

* * *

La estupefacción de los demás fue también enorme. Sin embargo, Burd reaccionó con rapidez y sacó un revólver con el que amenazó a todos los presentes.

—¡Que nadie se mueva! —gritó.

—Maldición —gruñó Manner—, Oye, tú, ¿qué hacemos ahora? Burd dudó un momento. De pronto, sonrió.

—La verdad, no esperábamos encontrar a nadie aquí, pero ya que hay tantos... Jerry, ¿te has fijado en su aspecto? Todos bien vestidos, seguramente con las billeteras rebosantes... y las damas con unas joyas magníficas... Podemos hacer nuestro agosto, ¿no te parece?

Manner soltó una de sus características risotadas.

—Oye, ¿sabes que tienes razón? Podríamos salir de apuros para una temporada, sí —contestó.

Burd movió el revólver.

—Está bien —dijo—. Damas y caballeros, acérquense de uno en uno y entreguen todo lo que tengan de valor. Déjenlo aquí, sobre esta consola...

Steiner se puso en pie convulsivamente.

—No dejaré que unos bastardos me despojen de lo que es mío —exclamó furiosamente.

Burd apretó el gatillo.

El estampido sonó como un cañonazo. Steiner abrió los brazos, saltó hacia atrás y cayó de espaldas.

Las mujeres chillaron. Phyllis cerró los ojos. Steiner se movía convulsivamente, pero se quedó quieto muy pronto.

—Luego le quitaremos la billetera —dijo Burd fríamente, mientras Manner reía como un loco—. ¿Alguien más desea protestar?

Quinn hizo un leve gesto.

—Les aconsejo hagan lo que ordena el caballero —dijo.

—A estos tipos los conozco yo —refunfuñó Feldon, a la vez que sacaba su billetera.

—Sí, nos hemos visto unas cuantas veces —admitió Burd, impávido.

Feldon dio un par de pasos. De pronto, vio algo que le hizo detenerse.

Burd se percató de su actitud y, receloso, empezó a volverse. En el mismo instante, el canto de una mano golpeó duramente su

muñeca y el revólver saltó por los aires.

Phyllis se dijo que era llegado el momento de reaccionar y, saltando a un lado, se apartó de la navaja apoyada en su cuello. Luego alargó ambas manos y asió la muñeca de Manner, tirando del sujeto hacia sí, a la vez que se dejaba caer de espaldas.

Manner chilló angustiosamente al sentirse volar por los aires. Dio una voltereta completa, cayó de espaldas y trató de incorporarse, pero la puntera del zapato de Phyllis chocó violentamente contra su mandíbula y perdió el conocimiento.

Al mismo tiempo, Mitchell, tras desarmar a Burd, lo hacía girar en redondo. El sujeto, desconcertado y perdida la moral en el acto, apenas si se sentía capaz de reaccionar. Mitchell lanzó su puño derecho con toda la potencia de su formidable musculatura y Burd, tras un corto vuelo por el aire, cayó al suelo y se quedó sin sentido.

Mitchell miró sonriendo a la muchacha. Luego volvió la vista hacia los reunidos.

—Aunque he llegado demasiado tarde para uno de ustedes, creo haberles librado de un grave contratiempo a los demás —dijo.

* * *

Quinn fue el primero en reaccionar y salió al encuentro de un hombre que le resultaba completamente desconocido.,

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Gratton Mitchell, aunque todo el mundo me llama Gratt.

—Yo soy Phill Phyllis Humpden y esos dos sujetos me habían secuestrado, para vengarse de no sé qué daño —dijo la muchacha—. Pero nunca había tenido la menor relación con ellos, aunque sí los conocía de vista.

—Yo también los conozco —gruñó Feldon—. Son dos vulgares hampones, dos canallas que extorsionan a los comerciantes honrados, mediante amenazas. A mí me incendiaron el local una vez por no quererles pagar la «protección» que me ofrecían.

—Un par de angelitos, vamos —comentó Quinn irónicamente. Endureció el gesto—. Pero han matado a un hombre —añadió.

Mitchell fijó la mirada en el inmóvil cuerpo de Steiner.

—Habría que avisar a la policía —apuntó.

Quinn levantó una mano.

—Más tarde —dijo—. Ahora tenemos algo urgente entre manos, aunque, desde luego, agradecería me explicase los motivos de su

presencia en Maldvane House.

—Vi cómo secuestraban a la señorita Humpden y decidí seguirles —respondió Mitchell—. En cierto modo, yo también tengo una cuenta que saldar con esos dos sinvergüenzas.

Pero no especificó los motivos que le habían impulsado a seguir a los secuestradores y Phyllis se sintió un tanto decepcionada, aunque procuró ocultarlo tras una sonrisa de gratitud.

—En todo caso, no cabe duda de que ha llegado muy oportunamente, señor Mitchell —dijo.

—Gracias —contestó el aludido—. Señor Quinn, ¿no le parece que deberíamos cubrir el cadáver de ese desgraciado?

Quinn se volvió hacia Cates.

—Traiga una manta, por favor —rogó.

—Sí, ahora mismo.

Cates salió y volvió a los pocos instantes. Mitchell levantó una mano.

—Señor Quinn, tal vez no tengan teléfono en la casa —dijo—. Si le parece, me llevaré a la señorita Humpden y llamaré a la policía en el primer teléfono que encuentre en el camino.

—Lo siento, amigo mío —respondió Quinn fríamente—. Por el momento, nadie puede salir de esta casa, una vez que ha entrado en ella. Los asuntos que se van a debatir aquí esta noche, son demasiado importantes para que se divulguen antes de tiempo.

* * *

Mitchell se quedó atónito al oír aquellas palabras. Pero no tardó en dar su respuesta.

—Escuche, sus asuntos no nos interesan en absoluto a la señorita Humpden ni a mí —dijo—. No tenemos nada que ver con ustedes y lo único que deseamos es marcharnos cuanto antes de esta casa. ¿No es así? —se dirigió a la muchacha.

—En efecto —respondió Phyllis—. Queremos irnos...

—Lo siento —atajó Quinn—. Nadie puede salir ya de aquí.

—Y si yo renunciara a mi posible participación en el testamento y quisiera marcharme, ¿no podría hacerlo? —consultó Feldon.

—Tampoco —dijo Quinn con firme acento.

—No veo cómo podría impedírmelo —gruñó Mitchell.

—Lo sabrá en seguida, amigo mío.

Quinn se acercó a una de las paredes y tiró de un cordón. Holmes apareció a los pocos instantes.

—¿Señor? —dijo con absoluta frialdad.

—Holmes, ¿han llegado el señor Kidd y sus hombres?

—Sí, señor.

—Gracias. Haga venir al señor Kidd, por favor.

—Al momento, señor.

Quinn sonrió con aparente apacibilidad.

—Ahora verán por qué es imposible salir de la casa —dijo.

Segundos más tarde, volvió a abrirse la puerta del salón. Un hombre apareció en el umbral. Era un tipo duro, fornido, de anchos hombros, que sostenía una pistola ametralladora con sus manos.

—Señor Quinn —dijo.

—Señor Kidd, celebros verle. ¿De cuántos hombres dispone usted?

—De cuatro y todos armados como yo, señor.

—¿Conocen bien mis instrucciones?

—Sí, señor. Todos están en el exterior, vigilando las puertas y las ventanas y con orden de disparar contra el primero que intente salir de la casa sin su consentimiento.

Quinn sonrió y luego se volvió hacia los aturridos espectadores.

—Ya lo han oído —dijo—. Ahora saben claramente por qué nadie puede abandonar esta casa sin mi permiso.

CAPITULO III

Mitchell frunció el ceño. Lo que había pensado en un principio era un simple secuestro, se estaba convirtiendo en algo de mucha mayor importancia y, por supuesto, de una gravedad como pocas veces había visto en su vida. Y como desconocía los motivos de la reunión, el asunto se le hacía aún más incomprensible.

De pronto, Jerry Manner empezó a rebullir. Burd se sentó casi al mismo tiempo, llevándose las manos al mentón, a la vez que se quejaba sordamente.

Quinn adelantó un paso y se apoderó del revólver que yacía en el suelo. Mitchell se apostrofó a sí mismo por no haberlo hecho antes.

—Señoras y señores, hemos de tomar una decisión con respecto a esta pareja de canallas —dijo Quinn tranquilamente—. ¿Hay alguien capaz de hacer una sugerencia sobre el particular?

—Debieran colgarlos —refunfuñó Feldon—. Son dos miserables parásitos...

—Muchas gracias por la idea que acaba de darme —sonrió Quinn—. Señor Kidd, salga fuera, llame a uno de sus hombres y vuelva con él, sin descuidarse de cerrar con llave la puerta principal.

—Sí, señor.

Burd se puso torpemente en pie.

—Eh, ¿qué piensan hacer con nosotros? —preguntó, desafiante.

Quinn le apuntó con el revólver.

—Cierra la boca, bastardo, o te mato aquí mismo —dijo.

Burd se puso lívido. Manner manoteó aparatosamente.

—Oigan, esto que íbamos a hacer no va con ustedes. Si les dijimos que nos entregasen la «pasta» fue sólo por broma...

—Una sola palabra más y te atravieso las tripas —dijo Quinn ceñudamente.

Manner empezó a sudar. De pronto, se oyeron pasos.

Quinn salió al encuentro de Kidd y el otro esbirro. Habló brevemente con ellos, Kidd asintió y luego se apartó a un lado.

El cañón de la metralleta de Kidd se apoyó en los riñones de Manner.

—¡Las manos en la cabeza, rápido! —ordenó estridentemente—. Tú también, hijo de puta.

Manner y Burd, terriblemente amedrentados, obedecieron con viveza. Luego, a otra orden de Kidd, se pusieron en marcha.

Phyllis adelantó un paso.

—Señor Quinn, ¿qué piensa hacer con esos dos individuos?

El joven sonrió de un modo particular. A Phyllis le pareció que era la sonrisa de un ángel infernal.

—Lo oírás en seguida, señorita Humpden —respondió el

interpelado.

Súbitamente, se oyó un horripilante alarido, que brotaba del fondo de algún subterráneo de la casa:

—¡No, no...!

La voz fue apagada por el tableteo de dos pistolas ametralladoras. Phyllis se sintió desfallecer y tuvo que apoyarse en una consola para no caer al suelo.

El estruendo de las ametralladoras fue muy breve. Luego se oyó un largo y quejumbroso lamento, cortado por una seca detonación. Finalmente, sonó un último disparo y después volvió el silencio, denso, agobiante, y para Phyllis, preñado de siniestros augurios.

Mitchell observó a los presentes. Todos estaban muy pálidos, espantosamente amedrentados. ¿Por qué se habían reunido allí?, se preguntó.

La voz de Quinn, amable y cortés, rompió de nuevo el silencio.

—Señoras y caballeros, es hora de cenar —anunció. Movié el revólver en dirección a los dos invitados a la fuerza—. Ustedes también, por favor.

Holmes, con su impasibilidad habitual, apareció en la puerta y anunció:

—Señor, la cena está servida.

* * *

El comedor estaba brillantemente iluminado, pero no se advertía la menor animación entre los comensales. Mitchell, sentado en una esquina de la mesa, junto a Phyllis, trataba de poner orden en sus pensamientos.

De pronto, notó en su mano el suave contacto de la de Phyllis.

—Señor Mitchell, ¿por qué me ha seguido hasta aquí? —quiso saber.

—En realidad, no la seguía, aunque bien es cierto que la conozco de vista. Seguía a esos dos matones. Quería darles un buen escarmiento, aunque Quinn se ha encargado de hacerlo por mí.

—¿Trata de decirme que también pensaba matarles? —se estremeció la muchacha.

—Oh, no, no soy de esa clase de gente. Pero sí quería darles un buen susto, el que se merecían. Mi hermana montó hace poco una tienda de ropas infantiles y ha conseguido cierto éxito. Quizá la conozca; es la dueña de Baby Prince. La tienda está en la Calle

Veintidós.

—Es cierto, he pasado muchas veces por delante del escaparate. Tiene un gusto exquisito... ¿Dice que es su hermana?

—Sí. Burd y Manner habían empezado a molestarla, pidiéndole una cantidad semanal de dinero, para que no le sucediera nada en la tienda. Entonces, me llamó, me señaló a los tipos y empecé a estudiar sus costumbres. Eso fue hace algunos días y hoy pude ver cómo la secuestraban a usted, aunque no me imagino los motivos.

Phyllis suspiró.

—Hace algún tiempo, robaron a un pobre anciano indefenso. Yo lo vi, pero no pude hacer nada. Sin embargo, fueron a la cárcel por mi testimonio y se pasaron encerrados seis meses —explicó—. Por lo visto, habían decidido tomarse el desquite.

—Eran dos tipos ruines, absolutamente despreciables. Sin embargo, no se merecían morir ametrallados.

—¿Usted dice eso, después de que asesinaron a un hombre delante de todos nosotros?

Mitchell hizo una mueca.

—Deberían haberse sentado ante el juez. Ahora han terminado de padecer y eso ha sido muy rápido. Se merecían pasarse la vida en presidio —contestó.

—Son puntos de vista, claro —murmuró Phyllis. Bajó la voz—. Señor Mitchell...

—¿Por qué no me llama Gratt, como todo el mundo?

Ella le miró un instante. El hombre que tenía a su lado era joven, quizá tenía treinta y dos años ya, pero se le veía fuerte, robusto, decidido y nada torpe mentalmente. No era demasiado alto, pero tenía unos hombros anchísimos y daba una impresión de fortaleza granítica que se advertía de inmediato. El pelo era claro, muy corto, cosa extraña con los peinados actuales; y en su rostro, que parecía de piedra, se ofrecía el aspecto de alguien en quien se podía confiar ciegamente aun en los peores momentos.

Sonrió.

—Está bien, Gratt —dijo al cabo—, pero no olvide que mi nombre es Phyllis. Y ahora, ¿se le ocurre algo para salir de la situación en que nos encontramos?

—He oído algunas frases, que me han hecho saber en parte qué clase de juego se trata. Además, conozco la casa y hubo un tiempo en que conocía a su dueño, sir Archibald Egan, quien murió súbitamente hace cosa de un año —respondió Mitchell—. Por lo visto, todos los que están aquí han tenido o tuvieron relación en tiempos con el difunto, y están esperando la lectura del testamento o algo por el estilo.

—Eso no nos interesa a nosotros —alegó la muchacha.

—No, no nos interesa. Además, se han cometido ya tres asesinatos y la policía debe saber lo sucedido.

—Pero si no podemos salir ni telefonear...

—Quizá no podamos telefonear, pero sí acabaremos saliendo de aquí —contestó Mitchell.

—¿Se le ha ocurrido algún plan?

El joven no pudo contestar. Alguien golpeaba una copa con su cucharilla, para llamar la atención de todos los presentes.

Era Quinn.

—Señoras y caballeros —dijo un tanto engoladamente—, estamos llegando ya a los postres y creo que debemos reanudar la conversación en el momento en que fue interrumpida por la llegada de unos huéspedes inesperados.

Al hablar, miraba a Mitchell y a la joven. Mitchell levantó una mano.

—Señor Quinn, si es por nosotros, la conversación puede seguir sin ningún impedimento. Bastará con que nos deje marchar...

—Lo siento, pero ya dije antes que nadie podía abandonar la casa sin mi permiso, y ustedes no lo tienen —contestó Quinn fríamente—. Y ahora, si me lo permiten, proseguiré.

* * *

Quinn se calló durante unos breves instantes, sin que nadie se atreviera a alzar la voz. Sonriendo levemente, paseó la vista por los rostros de todos los comensales.

—Como decía cuando fuimos interrumpidos, cuatro de ustedes asesinaron a mi padrastro: uno con veneno, el otro con una soga y dos más con sendos punzones. De los siete que estaban aquella noche en Maldvane House, cuatro, evidentemente, fueron los asesinos. Los otros cuatro, aunque uno no estaba ya, por tanto, son inocentes. Pero yo ignoro quiénes son los unos y los otros y por eso les hice venir, para averiguar las respectivas identidades. Los cuatro inocentes, como también anuncié, recibirán ciento cincuenta mil dólares cada uno.

—¿Qué será de los otros? —preguntó Susan Hathmore.

—¿No se siente capaz de adivinarlo? —contestó Quinn.

—Yo me siento muy tranquila —dijo Betty—. No lo hice.

—Ni yo —declaró Byne.

—A mí, que me registren —gruñó Cates.

Los restantes negaron también. Quinn no se inmutó.

Seguía sonriendo.

—Aparte de lo que ocurrió aquella noche en la casa —continuó—,

todos ustedes se habían reunido aquí, porque conocían la existencia de algo de gran valor. Y todos querían llevarse esa cosa, bien individualmente o por parejas o tríos... en fin, según sus simpatías o afinidades particulares. Esa cosa sigue aquí, en un lugar secreto que sir Archibald no tuvo tiempo de declarar... o acaso, que es lo más seguro, no lo quiso decir, desconfiando lógicamente de todos y cada uno de ustedes.

—No creo que desconfiase de mí —dijo Susan orgullosamente.

—A usted sólo la tenía como objeto de adorno. Pero nadie se confía a un hermoso cuadro o a un bello jarrón —contestó Quinn con acento deliberadamente ofensivo.

Susan se sonrojó.

—Era su amante y no tengo por qué ocultarlo. Soy una profesional, cosa de la que no me avergüenzo —dijo con voz tensa.

—Pero eso no significa que mi padrastro confiase plenamente en usted. La tenía en casa, le daba ropas, joyas, perfumes caros y le pagaba un sueldo. Y eso era todo.

—Como sea, ignoro dónde está esa cosa tan valiosa que ha dicho hace unos momentos.

—Está mintiendo, pero hasta la peor de las mentiras parece un poema en labios tan dulces —rió Quinn.

—¿También nosotros lo sabemos? —terció Selene repentinamente—. ¿No cree que si eso fuera cierto, ya nos habríamos llevado ese objeto de tanto valor?

—Lo habría notado de inmediato y ya hace tiempo. No, eso sigue en la casa, porque nadie se ha atrevido a llevárselo, temeroso cada uno de que se supiera. Pero ahora ya estamos aquí todos los que tenemos alguna relación con el caso...

—¿La tiene usted, por el mero hecho de ser el hijastro de sir Archibald? —preguntó Steiner—. En todo caso, sería su madre, como viuda del dueño de Maldvane House quien podría alegar derechos sobre... lo que sea. Ella es su viuda, pero usted no es su hijo, ni siquiera legalmente, a menos que pruebe haber sido adoptado por sir Archibald antes de su muerte.

—Un brillante razonamiento legal —observó Quinn, aparentemente complacido—. Pero que se cae por su peso, cuando se sabe que mi madre, afortunadamente viva, me ha conferido plenos poderes, por medio de un documento otorgado en debida forma y que exhibiré en su momento. Por tanto, actuó con absoluta legalidad y pleno derecho.

Volvió a mirar a todos los presentes, siempre sonriente, siempre burlón.

—¿Alguna objeción más? —preguntó.

—Supongamos que todo lo que ha dicho es cierto —exclamó

Selene—. ¿Hasta cuándo piensa tenernos encerrados en la casa?

—Mi querida señora Oldham, estarán aquí hasta que yo sepa dos cosas: quiénes fueron los asesinos y dónde está eso tan valioso que mi padrastro había escondido y que, si no todos, algunos de ustedes sí saben dónde está. Cuando lo haya averiguado, podrán marcharse... los que sean inocentes, por supuesto.

—¿Incluidos el señor Mitchell y yo? —preguntó Phyllis.

—En efecto.

—Una cosa, por favor —rogó Byne cortésmente—. ¿Qué es esa cosa de tanto valor que había escondido el difunto sir Archibald?

Quinn se limpió los labios cuidadosamente con la servilleta. Luego se puso en pie.

—El salón ha sido despejado ya y tomaremos allí el café y los licores —contestó—. Mientras tanto, podrán meditar acerca de la conveniencia de declarar la identidad de los cuatro asesinos... y el lugar donde están escondidos dos millones de dólares.

CAPITULO IV

Phyllis se quedó sin aliento al oír aquella cifra. Por su parte, Mitchell frunció el ceño, sintiéndose incrédulo y poco dispuesto a aceptar la veracidad de la respuesta de Quinn.

Pero los invitados se levantaban ya e iniciaban la marcha hacia el salón. Phyllis hizo lo que todos los demás y, de pronto, sintió que asían su muñeca.

Volvió la cabeza. Los ojos grises y penetrantes de Mitchell la miraron de un modo peculiar.

—No tenga prisa —bisbiseó el joven—. Vamos a rezagarnos del grupo.

Ella asintió. Lentamente, fueron quedándose los últimos y así salieron del comedor, separándose del grupo en el vestíbulo. Caminaban muy despacio y cada vez estaban más separados de los otros.

Mitchell miró un instante hacia la puerta. Un salto rápido, abrir sin perder tiempo y...

—¿No les apetece tomar café? —sonó de pronto la voz de Holmes a sus espaldas.

Phyllis se sobresaltó. Mitchell volvió la cabeza.

El mayordomo sonreía imperceptiblemente. Mitchell habría jurado que bajo su impecable frac escondía una pistola. No hubiera sido mayor obstáculo para él, de no haber visto al fondo a Harlan Kidd, con la pistola ametralladora reposando negligentemente sobre su antebrazo izquierdo.

—Sí, vamos a tomar café —respondió al cabo.

Apenas eran las nueve y media. La noche era muy larga, pensó. Algunos de los guardianes acabaría por descuidarse.

Empujó suavemente a la muchacha. El cadáver de Steiner había desaparecido ya.

—Veo que todos estamos aquí —dijo Quinn complacidamente—. Y aunque tenemos dos invitados de más, quienes no están relacionados de ninguna manera con este caso, creo que podemos continuar la conversación sin el menor inconveniente. Sin embargo, será mejor que esperemos a que el impagable Holmes haya servido el café y los licores.

Mitchell hurgó en sus bolsillos y sacó un paquete de tabaco. Después de encender su cigarrillo y el de Phyllis, dijo:

—Apostaría doble contra sencillo a que adivino lo que piensa hacer con todos nosotros, señor Quinn.

—¿De veras? —sonrió el aludido—. Dígalo, por favor.

—Usted quiere saber dónde están esos dos millones de dólares. Lo demás, la muerte de su padrastro, el castigo de los asesinos, le

tiene perfectamente sin cuidado. Y no creo que vaya a dar ciento cincuenta mil dólares a los inocentes.

—En todo caso, no es asunto suyo, me parece.

—Lo es ya, porque usted me retiene aquí contra su voluntad, lo mismo que a la señorita Humpden. Por tanto, tengo tanto derecho a hablar como cualquiera de los invitados.

Selene aplaudió.

—¡Bravo! ¡Bien dicho! Mitchell, usted parece inteligente. Incluso diría que tiene pinta de policía. Siga hablando, se lo ruego.

Quinn se puso pálido.

—¿Es policía? —preguntó con voz súbitamente crispada.

Mitchell observó el cambio de expresión y sonrió.

—No —repuso.

Holmes entraba en aquel momento con el carrito del servicio de café. Quinn sacó el revólver que había pertenecido a Burd y apuntó al joven.

—Holmes, registre al señor Mitchell. Quiero examinar su documentación —ordenó.

—Sí, señor.

Mitchell separó los brazos del cuerpo y se sometió mansamente al registro. Holmes le quitó la billetera, que arrojó en dirección al joven. Quinn la abrió, examinó rápidamente su contenido y luego sonrió.

—No, no es policía —dijo al cabo—. Pero tiene una profesión un tanto... extraña en estos tiempos.

—Según se mire —contestó Mitchell envaradamente—. A mí me gusta, señor Quinn.

—No lo dudo.

Quinn le devolvió la billetera. Luego movió una mano.

—Sírvase café, señor Mitchell —indicó.

—Phyllis, quiere... —consultó el joven.

—Sí, una taza, por favor.

Mitchell llenó dos tazas y entregó una a la muchacha. Con la suya en las manos, Quinn se retiró hasta la repisa de la chimenea, en la que se reclinó indolentemente.

—Bien —dijo—, ¿nadie quiere contestar una sola palabra sobre el tema que tanto nos apasiona?

Ninguno de los invitados abrió la boca. Mitchell apuró su café y dejó la taza a un lado. Encendió un nuevo cigarrillo.

Había un denso y ominoso silencio. ¿Qué se proponía hacer Quinn?, se preguntó.

Parecía como si Phyllis le hubiera adivinado el pensamiento, porque le formuló la misma pregunta:

—Gratt, ¿qué se propone hacer Quinn?

—Hay algo en ese tipo que no acaba de gustarme —contestó el joven—. No es enteramente sincero; tiene mucho de falso y le sobra astucia. Y le falta piedad. Lo dije antes; en cuanto sepa dónde están los dos millones, levantará el vuelo sin importarle nada más.

—Gratt, ¿hay en este mundo tanto dinero?

Mitchell sonrió suavemente.

—Sí, es mucho dinero —convino—. Pero el difunto sir Archibald tenía mucho más. Y yo nunca supe que se hubiera casado en segundas nupcias.

—¿Lo conocía usted?

—Trabajé para él, cuando no era más que un muchacho. Pero, claro, él era ya un potentado y yo un chico que pugnaba por abrirse paso en la vida.

—Por lo que sé, se casó cuando Quinn tenía nueve años. Y ustedes dos son de la misma edad, aproximadamente.

—Quizá mantuvo su matrimonio en secreto. Vine aquí en más de una ocasión y nunca vi a su segunda esposa.

—¿Conoció a la primera?

—Sí. Era una mujer maravillosa. Sir Archibald recibió un golpe durísimo cuando murió.

—Lo cual no le impedía tener amantes... como Susan Hathmore

—dijo Phyllis agudamente.

—En todo caso, fue mucho después, cuando ya la pena se había mitigado. Y quizá no quería tanto tener compañía como... lo otro.

—Comprendo. Oiga, ¿de veras cree que cuatro de los invitados son asesinos?

—Quinn así lo asegura y no hay motivos para dudar de sus palabras. Al menos, en esto, parece sincero. Y, en cuanto a los invitados... si conocían la existencia de ese dinero, me parece también que cualquiera de ellos pudo ser el asesino.

—«Los» asesinos —puntualizó ella.

—No, sólo uno fue el asesino —insistió Mitchell.

—A ver, explíquese, por favor.

—Es bien sencillo. Según Quinn, sir Archibald murió a consecuencia de un veneno, de dos golpes de punzón y de una soga. Bien, mi opinión es que, aunque los cuatro querían su muerte, sólo uno de ellos es el auténtico asesino.

—¿Cuál, Gratt? —preguntó ella, vivamente interesada.

—El que le propinó el veneno. Quizá no era un veneno de acción rápida, sino que causó su efecto digamos a las dos horas de su

ingestión. Por ejemplo, tomándolo durante la cena. ¿Eh?

—Sí. Continúe, por favor. Me siento terriblemente ansiosa de conocer su opinión —dijo Phyllis.

—Sir Archibald, después de la cena, fue a su dormitorio y se acostó. Quizá el veneno le hizo perder primero el conocimiento, de modo que, cuando llegó el siguiente asesino, lo encontró todavía respirando y, para ocultar su crimen, le clavó el punzón en la nuca.

»Luego vino otro, con su punzón, que clavó en el pecho. Probablemente, no se fijaría demasiado en que sir Archibald estaba ya muerto. Habría uña luz deficiente o quizá lo hizo a oscuras, golpeando a tientas... Y, finalmente, el de la sogá fue el último de todos. Llegó con la cuerda, la ató al cuello de sir Archibald y apretó.

—¿Qué le hace suponer que el estrangulador actuó en último lugar?

—Entonces, los otros dos no habrían utilizado ya los punzones. Phylles sonrió.

—Es cierto, no había caído en ello —dijo.

De repente, se oyó la voz de Betty Miles, que sonaba con agudas estridencias:

—¡Yo no sé dónde están los dos millones y no quiero saber nada tampoco del legado! Lo único que quiero es marcharme de aquí, ¿me oye, señor Quinn?

* * *

Junto a la chimenea, apagada debido al excelente tiempo que reinaba, Quinn miró fríamente a la mujer.

—¿Asesinó a mi padrastro?

—No —contestó Betty—. Y aunque le odiaba, nunca...

—¿Dónde están los dos millones?

—¡Váyase al diablo!

Byne se puso en pie.

—Señor Quinn —dijo.

—¿Sí? —contestó el aludido.

—Su padrastro era un hombre de gran fortuna. Dejó mucho dinero y grandes propiedades. Al lado de lo que poseía, dos millones es una cifra ridícula. ¿Por qué no nos deja en paz?

—Porque quiero saber quiénes lo asesinaron.

—Yo no fui y, si es cierto lo que usted ha dicho, nadie de los presentes lo admitirá. Es más, estoy seguro de que ninguno quiere

esos ciento cincuenta mil dólares..., ni siquiera yo, y tengo los bolsillos completamente vacíos.

Los ojos de Quinn se entornaron.

—Señor Byne, usted era el que le proporcionaba a mi padrastro ciertas «diversiones». Por ejemplo, le presentó a su amiguita Susan Hathmore. ¿Me equivoco?

Byne enrojeció.

—En todo caso, era un asunto entre sir Archibald y yo —contestó de mala gana.

—Susan, usted le daba a Byne parte del dinero que ganaba en esta casa. ¿Me equivoco?

—¡Cerdo! —silabeó la aludida.

Quinn soltó una risita.

—Selene, usted divirtió a mi padrastro antes que Susan. ¿Qué decía su marido al respecto? ¿Aceptaba los cuernos a cambio del dinero que usted llevaba a su casa?

—Mi esposo nunca lo supo —protestó la aludida débilmente.

—Sí, seguro —se burló Quinn—. En fin, hay ocasiones en que la mujer trabaja para el marido; no siempre ha de ser el hombre el que traiga un sueldo a casa. Cates, ¿no tiene nada que decir?

—¿Puedo ser franco? —consultó el interpelado.

—Claro. Aquí estamos todos dispuestos a ser sinceros...

—Entonces, le diré que es usted el más asqueroso bastardo que he conocido en los días de mi vida.

—Me sumo a esa opinión —añadió Feldon hostilmente.

—Y no creo que sir Archibald dejase un solo céntimo en su testamento para cuatro de nosotros —declaró Cates.

—Ni tampoco le importa si su padrastro murió asesinado y mucho menos aún los supuestos asesinos —dijo Susan—. Yo había estado pocos días antes con él y se quejó de lo mal que marchaba su corazón.

—Era un quejica —se burló Quinn—. Pero, cuando puedan, hablen con su médico, el doctor Warner Lockland. El les dirá algunas cosas muy interesantes sobre su estado de salud.

—¡Al infierno con el médico! —gritó Byne—. ¿Por qué no nos deja marchar en paz? Ya nos hemos dado cuenta de que sólo quiere una cosa. Pues bien, búsquela usted mismo. Si es el hijastro del viejo y tiene poderes de su viuda, como asegura, ¿por qué no busca esos dos millones? Le pertenecen, ¿no?

La venganza no le interesa —murmuró Selene.

—Estarán aquí hasta que yo lo disponga —insistió Quinn sin alterar el tono de su voz—. Alguno de ustedes sabe dónde está esa suma y yo quiero que me comunique su conocimiento. Es cierto, la venganza no me interesa tanto como el dinero.

Betty se puso las manos en su ya flácido pecho.

—A mí que me registren —dijo, sarcástica.

—Quinn, empiezo a sospechar sus intenciones —intervino Susan—. Usted está seguro de que uno de nosotros sabe dónde está el dinero y quiere retenernos aquí, para que el que lo sabe acabe por flaquear, roto los nervios, y se lo diga. ¿Me equivoco?

—Acierta —contestó el joven.

—Pero ¿por qué diablos había de tener sir Archibald una suma tan importante en su casa? —quiso saber Cates.

—A mi padrastro le gustaba jugar a... digamos espías. En estas condiciones, había momentos en que necesitaba tener a mano gran cantidad de efectivo. Algunos de ustedes, insisto, lo sabe. Quiero que esa persona me lo diga. Entonces, les dejaré marchar. Es mi última palabra —dijo Quinn.

Susan se sentó en una butaca y cruzó las piernas negligentemente.

—Me parece que va a tenernos aquí hasta el día del Juicio —contestó con notoria displicencia.

—Pero quizá ese día del Juicio esté a punto de llegar.

Hubo un instante de silencio. De súbito, Feldon se puso en pie.

Todos le miraron con gran curiosidad. El rostro del sujeto aparecía congestionado y sus ojos estaban muy abiertos, con una expresión sumamente rara.

Feldon se llevó una mano a la garganta. Emitió unos sonidos ronc, completamente ininteligibles, y luego, haciendo un gran esfuerzo, jadeó:

—Me... han... envenenado...

Un segundo después, se arrodilló en el suelo. Trató de mantenerse erguido, pero las fuerzas le fallaron súbitamente y cayó con la cara apoyada en la alfombra. Sus piernas se movieron convulsivamente durante unos cortos momentos. Luego, casi de súbito, se quedó quieto, en medio del consternado silencio de todos los presentes.

CAPITULO V

Susan lanzó un chillido y se puso en pie de un salto.

—¡Está muerto!

Cates frunció el ceño. Byne dio un par de pasos, para acercarse al caído, pero rectificó casi en el acto y volvió a su sitio.

Norris se mordía los labios constantemente, mientras su mano golpeaba la rodilla con movimientos que parecían ajenos a su voluntad. Betty tenía la cara oculta por las manos.

Selene parecía más serena.

—¿Quién le habrá envenenado? —murmuró.

Mitchell se arrodilló junto al caído y buscó su carótida. Todavía se percibían unos débiles latidos de su corazón, pero resultaba evidente que ya eran movimientos que muy pronto iban a extinguirse para siempre.

Lentamente, se puso en pie y fijó la vista en Quinn. El joven hizo una mueca de disgusto.

—Les aseguro que no he sido yo —declaró—. No comprendo qué le ha podido pasar a este desgraciado...

Susan fue hacia él, con los ojos en llamas.

—¿Quieren retenernos aquí, para asesinarlos uno a uno? —chilló. Quinn la miró coléricamente. Selene se le acercó también.

—Tiene que llamar a la policía —exclamó.

—Ni lo sueñen —respondió Quinn, a la vez que tiraba del cordón de la campanilla—. Bastará con Holmes...

De pronto, Norris, que se había acercado cautelosamente, le arrebató el revólver de un manotazo y apoyó el cañón en el costado de Quinn.

—Las cosas han cambiado —dijo—. Tendrá que dejarnos marchar. A menos que quiera morir.

La puerta se abrió súbitamente. Holmes y Kidd aparecieron en el umbral.

—Será mejor que suelte ese revólver, caballero —amenazó Kidd, blandiendo su pistola ametralladora.

Norris torció el gesto. Quinn recobró el arma.

—Gracias, Harlan —dijo—. Holmes, el señor Feldon acaba de morir. Habrá que sacarlo de esta habitación.

—Bien, señor —contestó el mayordomo.

Se inclinó, levantó el cuerpo de Feldon y salió, protegido por Kidd, quien se quedó en el umbral de la puerta, vigilante y atento al menor de los movimientos de los invitados.

—Feldon ha muerto —dijo Quinn—. No lo he hecho yo, pero no lo lamento...

Súbitamente se oyó un gran alboroto fuera de la habitación.

—¡No ha muerto! ¡Está vivo! —aulló Holmes.

Kidd dio media vuelta y se precipitó hacia el vestíbulo. Quinn maldijo atronadoramente y corrió hacia la puerta. Los otros le siguieron en escandaloso tropel.

Phyllis permanecía aturdida, sin saber qué hacer. De pronto, sintió una mano que se cerraba sobre la suya.

—Ven —susurró Mitchell.

Phyllis se dejó llevar. Mitchell llegó junto a una de las ventanas del salón, la abrió y, sin perder un solo segundo, saltó fuera. Luego tendió las manos para ayudar a la muchacha.

Ella saltó, retenida por los fuertes brazos del joven. Una vez puso los pies en el suelo, volvió a sentir el confortador contacto de la mano de Mitchell.

—¿Y ahora? —susurró.

El joven no contestó, limitándose a tirar de ella. Caminaron a lo largo de la pared, en una zona de absoluta oscuridad. De pronto, oyeron la voz de Feldon:

—¡Déjenme! ¡Les digo que me dejen!

—Van a matarle —se horrorizó la muchacha.

Ella saltó, retenida por los fuertes brazos del joven. Una vez puso los pies en el suelo, volvió a sentir el confortador contacto de la mano de Mitchell.

—¿Y ahora? —susurró.

El joven no contestó, limitándose a tirar de ella. Caminaron a lo largo de la pared, en una zona de absoluta oscuridad. De pronto, oyeron la voz de Feldon:

—¡Déjenme! ¡Les digo que me dejen!

—Van a matarle —se horrorizó la muchacha.

—No podemos hacer nada —contestó él.

De pronto, se detuvo en seco. Habían llegado a una esquina y asomó la cabeza. A diez pasos de distancia, se divisaba un hombre que se paseaba rítmicamente, con la metralleta al brazo.

Mitchell se volvió un instante hacia Phyllis.

—Aguarda aquí —susurró.

Ella procuró dominarse. Notó claramente la inspiración que hacía Mitchell y se preparó para lo peor. De pronto, vio que Mitchel salía disparado. Un segundo después, oyó una especie de gañido. Luego percibió un ruido extraño.

Mitchell reapareció, trayendo a rastras el cuerpo del centinela.

—¿Está muerto? —preguntó Phyllis, muy aprensiva.

—No —rió Mitchell—. Sólo le arreé un golpe en la cabeza. ¿Estás lista?

—Sí, Gratt.

Dentro de la casa continuaba el alboroto. Mitchell empujó a la

chica. Su automóvil estaba en el mismo sitio en que lo había dejado.

De pronto, echó a correr, remolcando a Phyllis. En pocos segundos estuvieron dentro del coche. Mitchell dio el contacto y el motor arrancó satisfactoriamente.

Retrocedió unos cuantos metros. Luego cambió la marcha y pisó a fondo el acelerador, a la vez que vibraba ceñidamente. Los neumáticos del vehículo chillaron y despidieron chorros de polvo y gravilla.

En el último instante, Phyllis miró hacia la casa. A ambos lados de la puerta había sendos faroles de hierro forjado, grandes, con lámparas de mucha potencia. Quinn apareció allí, empuñando su revólver y se agachó instintivamente.

—¡Cuidado, Grant; van a disparar! —avisó a gritos.

Pero no se oyó ninguna detonación. El coche enfilaba ya el camino que conducía a la carretera general. Phyllis se volvió en su asiento, esperando ver en cualquier momento las luces de otro coche, ocupado por los esbirros de Quinn.

Sus temores resultaron infundados. Al cabo de unos momentos, se relajó en su asiento.

—Gratt, creo que no nos siguen —dijo.

—No han querido correr riesgos —contestó él—. Suponen que llevo la metralleta del vigilante y no tienen ganas de enfrentarse conmigo.

—Pero ¿la tienes?

—No, quedó oculta tras unos macizos de flores. Sin embargo, piensan que me la llevé después de atontarle y...

—Comprendo. Gratt, ¿qué piensas hacer ahora?

—Avisar a la policía, naturalmente —fue la firme respuesta de Mitchell.

* * *

En el reloj sonaron las cinco. Phyllis recogió sus cosas y se puso en pie. Fue al tocador unos instantes, se arregló un poco y luego, con el bolso colgado del hombro, se dirigió hacia la salida.

—Hasta mañana, señor Ramsey —se despidió de su jefe.

—Hasta mañana, Phyllis.

La muchacha tomó el ascensor. Momentos después, estaba en la calle. Entonces vio un coche parado junto a la acera. Su conductor le hacía señales con la mano.

—¡Gratt! —exclamó ella jubilosamente.

Mitchell se ladeó para abrir la portezuela derecha.

—Sube —invitó—. Es decir, si no te molesta que haya venido a esperarte...

—Al contrario, me encanta —respondió ella con agradable franqueza—. Realmente, no sabía cómo ponerme en contacto contigo.

—Podías haber hablado con mi hermana.

—Sí, es cierto. Pero no se me ocurrió... Todavía me siento un poco confusa, ¿comprendes?

Mitchell asintió.

—Hay motivos de sobra para sentirse así —convino pensativamente—. Sobre todo, después del ridículo que hicimos. Phyllis meneó la cabeza.

—Los policías fueron y no encontraron otra cosa que una agradable reunión de amigos, que estaban pasando una encantadora velada. No encontraron cadáveres ni había el menor rastro de asesinatos... pero tú y yo sabemos que hace dos noches murieron allí tres personas.

—Es cierto. Aunque, para ser sinceros, sólo vimos morir a Steiner.

—Suponiendo que no desempeñase la misma comedia que Feldon.

—No, no hubo comedia en su caso. Recuerda, Burd disparó con una bala de verdad. Y yo vi la sangre en su pecho. Pero de los dos maleantes sólo sabemos que gritaron y sonaron las metrallas. No los vimos morir.

—¡Gratt! ¿Tratas de decirme que esos dos miserables siguen aún vivos? —se estremeció Phyllis.

—Oh, no, tengo la absoluta seguridad de que están muertos —contestó él—. Pero hay ciertos enigmas que todavía no alcanzo a comprender.

—¿Por ejemplo...?

—¿Es cierto que sir Archibald fue asesinado? Claro que sólo uno pudo ser el asesino, porque los otros actuaron ya sobre un cuerpo sin vida.

—Tal vez haya un medio de saber la verdad —apuntó ella.

—Dímelo, Phyllis.

—Quinn mencionó el médico personal de sir Archibald, el doctor Lockland. ¿Por qué no vamos a verlo?

Mitchell consideró la sugerencia en silencio.

—No sería mala idea —dijo al cabo—. Pero ¿por qué los otros siguieron la corriente a Quinn cuando llegó la policía? ¿Por qué nadie se atrevió a decir la verdad de lo que había ocurrido?

—Puede que Quinn les amenazase. Tenía cinco pistoleros, más Holmes.

—Sí, quizá tengas razón. —El joven sonrió—. ¿Cómo te sientes,

Phyllis?

—Un poco mejor, aunque me va a costar mucho olvidar lo que pasé aquel día.

—Es lógico, pero lo olvidarás.

Callaron durante unos momentos. Luego, Mitchell volvió a hablar.

—Me gustaría pillar a Quinn a solas durante unos minutos —dijo.

—¿Para qué, Gratt?

—Era muy fanfarrón, teniendo las espaldas cubiertas. Las cosas cambiarían estando los dos a solas.

—¿Crees que le obligarías a hablar?

—Sí, seguro. Pero eso es algo imposible, por el momento. Oye, Phyllis, antes dijiste algo sobre una visita al doctor Lockland.

—Sería conveniente, en efecto —repuso ella.

—Muy bien. Vamos a ver a ese matasanos.

* * *

El doctor Lockland sonrió irónicamente.

—¿Qué les hace sentir tanto interés por mi difunto cliente? —preguntó.

—Tenemos sospechas de que pudo morir asesinado...

—¡Tonterías! —bufó el galeno—. Conocía a sir Archibald desde hacía muchísimos años. Le falló el corazón, simplemente.

—Sin embargo...

Lockland cortó en seco las protestas de su visitante.

—Lo siento, no puedo perder más tiempo con ustedes —dijo—. El señor Egan murió de un fallo cardíaco. Si tienen alguna duda de mi diagnóstico, acudan a la policía; es todo lo que puedo decirles.

Mitchell y Phyllis se pusieron en pie.

—Ha pasado ya un año, ¿no es cierto, doctor?

—Sí ¿Por qué lo dice?

—Demasiado tiempo para una exhumación que permita una autopsia del cadáver, me parece.

El rostro de Lockland se congestionó.

—¡Fuera! —dijo—. No tolero que nadie ponga en duda mi honestidad. Puedo equivocarme en los diagnósticos, como otro médico, pero jamás permitiré que nadie me acuse de actos reñidos con la ética profesional. Salgan inmediatamente o llamaré a la policía.

—Gracias, doctor —sonrió el joven—. Su indignación es genuina. Buenas noches.

Lockland abrió la boca, estupefacto. Antes de que pudiera decir

nada, los visitantes estaban ya fuera de su despacho.

—Le has provocado —adivinó Phyllis.

—Sí, deliberadamente —admitió Mitchell.

—Entonces, sir Archibald no fue asesinado.

—Tengo la sensación de que todo es un truco de su hijastro. Probablemente, algunos de sus invitados tenían la intención de adelantar su tránsito, pero, por pura casualidad, el viejo murió aquella misma noche. Aunque, de todas formas, cuando una persona ya tiene el corazón débil, no resulta demasiado fácil engañar a un médico para que certifiquen una defunción por causas naturales.

—Entonces, subsiste la duda...

—Sí, aunque me inclino a creer en la muerte natural —contestó Mitchell—. De todas formas, deberíamos sentar una afirmación, Phyllis.

—¿Cuál, Gratt?

—¿Qué nos importa todo esto a nosotros?

—Tiene razón —convino la muchacha—. Deberíamos olvidarlo y, cuanto antes, mejor.

—Entonces, ¿te parece que empecemos cenando juntos?

Phyllis sonrió.

Mitchell la contempló especulativamente durante unos segundos. Phyllis era una muchacha alta, espigada, de silueta sumamente atractiva. El rostro tenía una gracia natural, que le confería una simpatía muy superior a la que habría tenido de haber sido una belleza clásica. Su pelo era castaño dorado, corto, liso, en una muy sugestiva melena de paje. De la figura de Phyllis se desprendía una especie de aura de distinción natural, que la hacía parecer aún mucho más hermosa de lo que era en realidad.

Ella se sonrojó levemente al saberse objeto de la crítica observación del joven.

—No me mires tanto, por favor —pidió.

Mitchell abrió la portezuela del coche.

—Perdona, estaba como embobado... ¿De acuerdo en empezar a olvidar, Phyllis?

—De acuerdo, Gratt.

CAPITULO VI

Inesperadamente, dos días más tarde, Mitchell se encontró con Susan Hathmore.

La joven vestía elegantemente, aunque con ropas discretas, y cubría sus ojos con unas gafas de color. Fue ella la que le vio y cortó su paso con un leve gesto de la mano.

—Hola, fugitivo —saludó.

Mitchell se detuvo en el acto.

—Señora...

Susan se quitó las gafas un instante.

—¿Me reconoce?

—Oh, dispense... —Mitchell frunció el ceño—. Susan, quiero hablar con usted —decidió repentinamente.

—Encantada. Mi apartamento está en la manzana siguiente. ¿Me acepta una copa, fugitivo?

—Y dos también —sonrió él.

Mitchell lanzó un silbido al contemplar el lujoso ambiente del apartamento en que vivía la opulenta morena. Ella sonrió complacida.

—¿Te gusta?

—Cuesta mucho dinero.

—Lo gano. ¿Qué quieres beber?

—Cualquier cosa. A tu gusto.

Susan fue al otro lado de una barra y empezó a preparar las copas.

—Adivino tus pensamientos —dijo.

Mitchell trepó a un taburete y la miró fijamente.

—Sí —contestó.

—¿Y bien? ¿Qué opinas?

—Te lo diré cuando conozca tus motivos.

Ella le entregó la copa y se acodó en la barra.

—Quinn nos amenazó —dijo.

—Me lo imaginaba. ¿Encontró el dinero?

—No.

—O sea, sigue allí.

—Si lo que dijo es cierto, sí.

—Tú eras la amiga del viejo. ¿Qué piensas al respecto?

—Archibald era muy raro en ocasiones. A veces, recibía visitas de personajes misteriosos. Nunca supe quiénes eran, pero todo aquello me daba muy mala espina. El decía que estaba retirado de los negocios. No parecía concordar demasiado.

—Entonces, la existencia del dinero puede ser verídica.

—No hay motivos para negarlo, Gratt.

—Ya. ¿Crees que hubo asesinato?

Susan hizo un gesto ambiguo.

—Yo no estaba allí la noche en que murió —repuso.

—Pero Quinn te citó...

—Porque conocía mis relaciones con su padrastro y, sospecho, debió de pensar que yo podía saber algo. Eran unas sospechas sin fundamento.

—Comprendo. ¿Qué pasó con los cadáveres?

—Debieron de ocuparse de ellos Holmes, Kidd y los otros. La policía no encontró nada. Claro que, prácticamente, se conformaron con la negativa de Quinn. Y, como, además, le apoyábamos nosotros...

—¿Qué hizo Quinn después?

—Nada. Permitió que nos marchásemos, pero amenazándonos con matarnos, si nos íbamos de la lengua.

—Es decir, se quedó allí con sus compinches.

—En efecto.

Mitchell apuró su copa.

—Feldon intentó un buen truco —sonrió—. Estuvo a punto de salirle bien.

—Nos engañó a todos.

—Incluso a mi. Le tomé el pulso y lo noté muy débil. Llegué a creer incluso que el corazón seguía latiendo por sí solo, aunque él hubiese perdido el conocimiento definitivamente.

—Tu truco resultó mejor. Pudiste largarte con la chica.

—No resultó difícil. Aunque inconscientemente, Feldon me ayudó.

Mitchell palmeó una de las manos de la morena.

—Gracias, Susan.

—¿Te marchas?

—Sí.

—Estoy libre —dijo ella insinuantemente.

—Otro día, encanto.

Susan suspiró.

—Lástima —sonrió—. Me hubiera gustado «probarte».

—Soy un tipo más bien corriente, incluso tirando a malo —rió él. Y se encaminó hacia la puerta.

—Puedes volver otro día —dijo Susan desde su sitio.

—Quizá. Adiós.

Mitchell salió del apartamento y encendió un cigarrillo. Esperó a que llegara el ascensor, para volver a la planta baja. Cuando se abrieron las puertas, vio salir a dos individuos, en los que no reparó apenas. Entró en el ascensor y pulsó el botón correspondiente.

Momentos después, abría la portezuela de su coche. Cuando se disponía a arrancar, oyó una voz a sus espaldas.

—Quietos todavía —dijo el hombre—. Hay una pistola que le apunta directamente al espinazo. Si no obedece mis órdenes puntualmente, puede considerarse muerto.

Mitchell aferró el volante con ambas manos.

—Usted manda y yo obedezco —contestó serenamente.

* * *

Apenas un minuto más tarde, Susan salió de la casa.

No iba sola. Dos hombres de rostro adusto la flanqueaban. Ella tenía la cara completamente blanca.

Susan y los sujetos entraron en un coche parado delante del de Mitchell y que arrancó en el acto. Entonces, Mitchell oyó de nuevo la voz del pistolero que tenía a sus espaldas:

—Siga a ese automóvil.

—Bien, señor.

Mitchell arrancó. Con el rabillo del ojo pudo darse cuenta de que el sujeto no estaba situado justamente tras él, sino en el centro del asiento posterior. De este modo, podía vigilarle constantemente, a la vez que evitaba perder de vista al coche en que viajaba Susan.

Se preguntó cuáles serían las intenciones de los pistoleros. ¿Actuaban según instrucciones de Quinn?

«Seguro», se respondió a sí mismo, Aquellos individuos tenían el aspecto de profesionales. Tenía la convicción de que pertenecían a la cuadrilla de Kidd. ¿Iban a Maldvane House?

Un semáforo se tornó rojo bruscamente y Mitchell se vio obligado a frenar. El coche que le precedía continuó su camino.

—No se preocupe —dijo el pistolero—. Sé adónde van. Por otra parte, volveremos a darles alcance.

—¿Tal vez nos dirigimos a Maldvane House?

El hombre no contestó. Mitchell tomó su silencio como una respuesta afirmativa.

De pronto, al arrancar, vio una cara conocida en el borde de la acera. Phyllis le vio también y agitó su mano para llamar la atención, pero el coche se movía ya y ella se quedó inmóvil, con el brazo medio levantado.

—Acelere todo lo que pueda, pero no se meta en líos con los agentes de tráfico —dijo el pistolero.

—Sí, señor —contestó Mitchell.

Minutos después, divisaron de nuevo el otro coche. A los pocos momentos, estaban fuera de la ciudad.

El tránsito se fue espaciando lentamente. Un cuarto de hora

más tarde, los dos coches rodaban prácticamente solos por la carretera, a unos ochenta kilómetros por hora. Entonces fue cuando Mitchell decidió poner en práctica su idea.

Inesperadamente, levantó el pie del acelerador y pisó el freno a fondo. Los neumáticos chillaron estruendosamente, a la vez que el automóvil coleaba de forma aparatosa. La goma humeó.

Sorprendido, el pistolero saltó disparado hacia adelante y cayó con más de medio cuerpo en el asiento delantero. Por encima de sus piernas que se movían convulsivamente, Mitchell abrió la portezuela.

Acceleró de nuevo y viró ceñidamente, casi sobre dos ruedas. El pistolero no se había recobrado y saltó fuera del vehículo, rodando varias veces sobre sí mismo. El arma se desprendió de sus dedos y resbaló sobre el asfalto.

Mitchell completó el círculo. A lo lejos se acercaba un enorme camión a toda velocidad. Enderezó el coche y pisó el acelerador, lanzándose de nuevo en persecución del coche en que viajaba Susan.

Miró un instante a través del retrovisor. El pistolero, aturdido, se levantaba en aquel momento. Entonces vio al camión que se le arrojaba encima, como una máquina de muerte. Trató de saltar a un lado y lo consiguió en parte, pero la aleta derecha le golpeó en un costado y lo catapultó fuera de la carretera, haciéndolo volar como un muñeco inanimado. Sus brazos y sus piernas se agitaron unos instantes, hasta caer al suelo nuevamente, en donde quedó inmóvil.

Mitchell no se detuvo. El otro automóvil se metía ya por el camino que conducía a Maldvane House. El lo siguió resuelta y decididamente, ganando terreno a cada vuelta de las ruedas.

A los pocos instantes, estaba ya sólo a media docena de metros de la cola del vehículo precedente. Esperó a la salida de la próxima curva y entonces pisó a fondo el pedal de gas.

El coche saltó hacia adelante como un caballo violentamente espoleado por su jinete. Mitchell golpeó con su morro la cola del otro automóvil, que empezó a bambolearse de un lado a otro de la carretera.

Uno de los pistoleros se volvió y le apuntó con el arma. Mitchell asestó un nuevo golpe.

El otro automóvil se desvió súbitamente y se salió del camino, deslizándose a toda velocidad por un suave terraplén cubierto de hierba. Mitchell paró su coche, saltó fuera y corrió ladera abajo a la máxima velocidad que podía imprimir a sus piernas.

El coche de los pistoleros había sido detenido por el tronco de un árbol. Uno de ellos salía fuera, tambaleándose como un beodo. Mitchell llegó a su lado y le asestó un tremendo derechazo, que lo derribó instantáneamente.

El conductor se apeó, sin saber muy bien qué había sucedido.

Mitchell lo agarró por los cabellos y golpeó su rostro repetidas veces contra la tapa del motor. El hombre gruñó, sus rodillas se doblaron y cayó de costado sobre la hierba.

En el asiento posterior, Susan se cubría la cara con las manos. El joven abrió la portezuela y tiró de ella.

—Vamos, Susan.

La morena se dejó llevar. Era evidente que estaba bajo un fuerte *shock*. Mitchell divisó un arroyo a poca distancia y la condujo hasta la orilla.

—Arrodíllate —ordenó.

Susan obedeció, poco menos que inconsciente. Mitchell le hizo meter la cara en el agua varias veces, hasta que ella gritó, diciendo que iba a ahogarse. Entonces, el joven la hizo ponerse en pie y la empujó hacia el camino.

—Estás libre, ya no tienes nada que temer —dijo.

Susan boqueaba, sin aliento. Como un ser inanimado, se dejó conducir hasta el coche de Mitchell, quien la acomodó en el asiento delantero. El ocupó su puesto, hizo arrancar el coche, viró en redondo y buscó la ruta de regreso a la ciudad.

Susan tardó en serenarse unos minutos. Cuando se encontró mejor, volvió la vista hacia el joven.

—No sé cómo darte las gracias... Has aparecido tan oportunamente...

—En cierto modo, a la fuerza. También a mí me querían traer a la casa.

—¿Hablas en serio? —se sorprendió ella.

—Sí, pero ya te contaré más tarde... ¿Por qué te habían secuestrado esos tipos?

—Lo ignoro. No quisieron contestar a mis preguntas.

Mitchell reflexionó unos instantes.

—Creo que ya lo sé —dijo al cabo.

—¿De veras?

—Susan, tú eres una de las últimas personas que estaba junto a sir Archibald poco antes de su fallecimiento.

—Es verdad, aunque dejé la casa dos días antes de su muerte.

—¿Por qué?

—El me dijo que podía tomarme una semana de vacaciones. Se dio cuenta de que me aburría allí, encerrada como una ostra...

—Y te fuiste...

—A Miami. Allí me enteré de su fallecimiento.

—¿Qué hiciste entonces?

—Nada. Ya no podía regresar a Maldvane House. No tenía ningún parentesco con él y, comprenderás no iba a presentarme a dar el pésame a sus familiares. Al cabo de la semana, volví a mi casa.

Luego encontré a... Bueno, al hombre que ahora sufraga mis gastos. Pero no he vuelto a Maldvane House, hasta que nos citó Quinn.

—De todos modos, creo que tengo la solución. Es decir, creo haber adivinado lo que piensa Quinn.

—¿De veras, Gratt?

—Sí. El cree que tú sabes dónde están escondidos los dos millones.

—¡Absurdo! Archibald no mencionó jamás una suma semejante. Al menos, en mi presencia. No sé nada, absolutamente, te lo juro.

—Y yo te creo, pero él no. Por tanto, voy a darte un consejo, para evitarte problemas en lo sucesivo.

—Sí, Gratt. Dímelo, por favor.

—Abandona la ciudad durante una temporada. No des ocasión a que Quinn pueda enviarte a otros de sus esbirros a buscarte.

Susan guardó silencio unos momentos.

—Sí, será lo mejor —respondió finalmente—. Pero a ti también querían llevarte a la casa...

—Yo me quedo para ver si consigo averiguar qué quería ese sujeto de mí —dijo Mitchell firmemente.

CAPITULO VII

—O sea que Quinn quería secuestrarte —dijo Phyllis aquella noche, mientras cenaban en un discreto restaurante.

—Aún no estoy muy seguro —repuso el joven—. Pienso que esos tipos me siguieron al verme con Susan. Tal vez luego pensaron que Susan me había dicho algo interesante y actuaron por su cuenta. Pero creo que Quinn habría aprobado su actitud.

—¿Querían asesinarla?

—No puedo contestarte con certeza. Sin embargo, sospecho que él cree que Susan sabe dónde está el dinero. Por eso quería que se la llevaran a Maldvane House, en donde habría podido interrogarla a placer.

Phyllis sintió un escalofrío al comprender el significado de aquellas palabras.

—La hubieran torturado —musitó.

—Sí, seguramente.

Mitchell agitó una mano y la camarera acudió con la nota. Después de pagar, él miró a la muchacha y sonrió.

—Hoy es viernes —dijo.

—Sí. ¿Por qué lo dices?

—Mañana no tienes que acudir a la oficina.

—Claro.

—O sea, no necesitas madrugar.

Ella le dirigió una mirada recelosa.

—¿Adónde quieres ir a parar? —preguntó.

—No seas suspicaz. ¿Te atreverías a hacer conmigo una excursión nocturna a Maldvane House?

—¿Hoy? —se asombró Phyllis.

—Esta noche.

—¿Para qué, Gratt?

—Podríamos comprobar si es cierto que hay allí dos millones de dólares.

Phyllis guardó silencio unos momentos. Luego volvió a hablar:

—Gratt, quiero que me digas una cosa.

—Sí, desde luego.

—¿Deseas ese dinero?

—Si me pertenece...

—Pero es de Quinn.

—¿De él o de su madre, la viuda de sir Archibald?

—Da lo mismo. En todo caso, no es tuyo. Ni mío.

—Tengo curiosidad, Phyllis. ¿Tú no?

Ella sonrió.

—Me muero de curiosidad —confesó.

—Entonces, vienes conmigo.

—No me perdería esa excursión por nada del mundo. Mitchell consultó su reloj.

—Sólo son las ocho. Tengo entradas para una función de teatro, muy picante. Saldremos alrededor de las once, la hora apropiada para viajar a Maldvane House. ¿Te parece bien? —¿Hay desnudos en la obra? —consultó ella.

—¿Te desagradaría?

—No me gustaría demasiado, aunque si es divertida...

—Sólo hay escasez de ropa en un par de escenas.

—Es la moda —suspiró ella, a la vez que se ponía en pie—. Cuando quieras, Gratt.

* * *

Aunque Maldvane House estaba en la cima de la colina, el edificio, en realidad, quedaba a una docena de metros más abajo de la cumbre real y a unos cien de distancia. Poco antes de alcanzar la cota más elevada, Mitchell apagó las luces.

El coche rodó en silencio hasta las inmediaciones del edificio, que aparecía completamente en sombras. Mientras cubrían los últimos metros, cortó el encendido, de modo que la llegada se produjo en completo silencio.

Una vez detenido el automóvil, Mitchell saltó fuera y contempló la puerta de la casa.

—No podemos entrar por ahí —dijo.

—¿Una ventana?

—Es lo mejor.

Mitchell caminó hacia la fachada y tanteó la primera ventana que encontró a su paso, luego volvió al coche y trajo algo que enseñó a la muchacha.

—Diamante y ventosa —dijo, escueto.

Aplicó la ventosa y, con el diamante, trazó un círculo en torno a la misma. Luego dio un seco tirón y el trozo de cristal salió sin dificultades. Metió la mano a través del hueco, buscó la falleba y abrió sin mayores complicaciones.

Instantes después, estaban dentro de la casa. Mitchell corrió las cortinas y, tras encender su mechero, buscó el interruptor de la luz.

Las tinieblas se disiparon. Miró a su alrededor.

—Es el despacho del viejo —identificó.

—¿Cómo lo sabes?

—Susan me trazó un croquis de la casa.

—Oh... Gratt, ¿te has preguntado alguna vez qué podía hacer un noble inglés en los Estados Unidos? ¿Por qué no vivía en su país?

—Le gustaba más el nuestro. Y, posiblemente, podía desenvolverse mucho mejor.

—¿En qué, Gratt?

—Phyllis, no está vivo para contarlo.

—Sí, tienes razón. ¿Empezamos por aquí?

—¿Por qué no?

Media hora más tarde, tuvieron que convenir en que el dinero no se encontraba en el despacho.

—A menos que esté muy bien guardado en un escondite perfectamente disimulado, de tal modo, que nadie sepa abrirlo —dijo él, un tanto decepcionado.

—Pero él está muerto.

—Tengo la seguridad de que alguien más lo sabe. Lo que no puedo es decirte quién es.

De pronto, Phyllis agarró el brazo del joven.

—Gratt, empiezo a sentirme aprensiva.

—No hay nadie en la casa, salvo nosotros...

—Tengo un presentimiento. Quizá es sólo pura fantasía, pero...

Phyllis se pasó una mano por la frente.

—No, el ambiente me impresiona —añadió—. No me hagas caso, por favor.

Mitchell sonrió.

—Tranquila —aconsejó—. ¿Qué te parece si vamos al salón?

—Sí, vamos.

Salieron al vestíbulo y dieron unos cuantos pasos antes de que él se detuviera bruscamente, cosa que no pudo por menos de extrañar a la muchacha.

—Gratt, ¿qué sucede?

Mitchell señaló hacia la gran lámpara que colgaba del centro del techo.

—Mira —dijo.

—Sí, es una lámpara muy bonita...

—*Está encendida.*

Phyllis contuvo el aliento.

—No lo hemos hecho nosotros —murmuró, apretándose instintivamente contra el joven.

El silencio era denso, impresionante. Mitchell echó a andar cautelosamente, seguido de cerca por la muchacha.

Al llegar a la puerta del salón, asió el picaporte. Luego, muy despacio, lo hizo girar, para abrir a continuación con precauciones, tratando de evitar un inoportuno chirrido de unas

bisagras acaso mal aceitadas.

La luz salió a través de la rendija. Mitchell empujó un poco más el batiente de la puerta. Phyllis miró por encima de su hombro.

Al fondo, frente a la pared opuesta, había un hombre, forcejeando, al parecer, con uno de los paneles de roble que componían el forro del muro. Estaba de medio perfil y la gran calva y el saliente mostacho lo identificaban con toda claridad.

—Es Norris —susurró ella.

Mitchell asintió. Norris, en efecto, sabía algo.

Estaba completamente concentrado en su labor. Usaba algo parecido a un destornillador de gran tamaño. Quizá era sólo una delgada barra de metal, con uno de sus extremos plano.

De pronto, sonó un leve chasquido.

Norris, ajeno a que estaba siendo visto, lanzó una exclamación de júbilo:

—¡Al fin!

Tiró a un lado la herramienta y, con ambas manos, hizo girar aquel panel. Entonces se oyó una especie de tañido musical, seguido de un sordo «chaf», muy tenue, apenas perceptible.

Norris se estremeció horriblemente, poniéndose de puntillas un instante. Luego, muy despacio, giró en redondo.

Phyllis lanzó un chillido de horror. Mitchell se puso rígido.

Los ojos de Norris estaban desorbitados por el espanto y el dolor. En el centro de su pecho asomaba el extremo emplumado de una varilla metálica, semejante a una flecha.

Norris estuvo así un interminable segundo. Luego, de pronto, abrió la boca, emitió un horrendo gorgoteo y se vino de bruces al suelo.

* * *

Mitchell advirtió que Phyllis desfallecía y puso un brazo alrededor de su cintura para sostenerla. A través de la tela del vestido, notó el incontenible temblor de su cuerpo. —Será mejor que salgas de aquí —aconsejó.

Ella hizo un gesto negativo.

—No, no quiero quedarme sola. Pasaría aún más miedo —alegó.

—Muy bien. Entonces, siéntate en una silla, pero vuelta de espaldas.

Phyllis lo hizo así. Mitchell se acercó entonces al caído y comprobó que había muerto.

Luego alzó la vista hacia el hueco que había en la pared. Empotrado en el fondo, se veía el orificio redondo de un tubo, por el que, seguramente, había salido disparada la flecha, mediante la acción de un potente muelle, cuyo retén se había soltado al abrirse el panel. Para comprobar sus hipótesis, hizo girar de nuevo el trozo externo de la pared y lo cerró casi por completo, dejando una estrecha rendija, a fin de poder abrirlo sin dificultad. Al hacerlo, oyó un ligero chasquido.

—El muelle se tensa automáticamente y se dispara al abrir — murmuró.

Luego se arrodilló junto a Feldon. La flecha era relativamente corta, de astil de metal, pero lo suficientemente mortífera para ejecutar su siniestra tarea. Apenas si asomaba fuera del cuerpo el extremo emplumado. Mitchell calculó que era una flecha de competición, acertada convenientemente y afilada en la forma deseada.

Estuvo así unos instantes. Luego registró los bolsillos de cadáver. En uno de ellos encontró un trozo de papel, con una anotación que llamó su atención de inmediato.

N.O. 6-3

Se preguntó qué podían significar aquellas letras y cifras. El papel parecía arrancado de una agenda de notas de sobremesa y se notaba claramente la precipitación en la escritura. De pronto oyó la voz de la muchacha:

—¿Has encontrado algo, Gratt?

El joven se puso en pie y caminó hacia ella.

—Una anotación que parece un mensaje... Como si alguien le hubiera dicho algo importante por teléfono y él lo hubiese escrito en un trozo de papel...

Phyllis se puso en pie y leyó los cuatro signos escritos en aquella menuda hoja de papel.

—N.O. significa Noroeste, me parece —dijo.

—Sí, es probable. Pero, el seis y el tres...

Mitchell volvió la vista. De pronto, caminó hacia la pared a grandes zancadas y, extendiendo la mano derecha, empezó a contar algo.

—Ya está —dijo de pronto—. El sexto panel contando desde la esquina y tercero desde el suelo.

—Sí, es verdad —exclamó ella, muy excitada—. Ese mensaje es como la expresión de unas coordenadas geográficas. Pared Noroeste, panel sexto y tercero al mismo tiempo. No puede haber grados y minutos de arco, pero, el resultado es el mismo.

—Fatal para Feldon.

Phyllis se estremeció.

—Los paneles son grandes, casi de cincuenta centímetros, y el tubo lanzador está aproximadamente a un metro treinta del suelo. Es un arma mortífera, con el emplazamiento perfectamente calculado. Pero, ¿cómo pudo venir aquí, Gratt?

—Creo que tengo la solución. Alguien le avisó por teléfono; la hoja de papel parece arrancada de ese «bloc» de notas que suele tenerse encima de la mesa. Seguramente, el desconocido le dijo que podía encontrar aquí el dinero... y él vino, ciego por la codicia, sin pensar que podía encontrarse con una trampa mortal.

—Es decir, buscaban quitarle de en medio.

—Exactamente.

—Bien, Gratt, ¿qué hacemos ahora? ¿Avisar a la policía?

Mitchell se volvió hacia la joven y la miró fijamente.

—¿Quieres que hagamos el ridículo, como en la ocasión anterior? Phyllis se sonrojó intensamente.

—Tienes razón, pero, ¿no crees que deberíamos hacer algo?

—No se me ocurre otra cosa que avisar a la policía... o aguardar a que vengan a buscar el cadáver. Pero yo estoy desarmado y no siempre tiene uno suerte, como cuando nos escapamos la otra vez. Por otra parte, esperar no nos serviría de nada, creo.

—¿Por qué, Gratt?

—En alguna parte, hay unos ojos que nos vigilan. No vemos al individuo, o tal vez son más de uno, pero ellos sí nos ven y sólo esperan que nos marchemos para hacer desaparecer el cuerpo de Feldon.

Phyllis sintió que un escalofrío le recorría la espalda por completo.

—Nos están vigilando... —musitó, terriblemente aprensiva—. Lo mejor será que nos marchemos, Gratt —propuso.

—Sí, será lo mejor —convino él.

Hasta que no estuvo a varios kilómetros de la casa, Phyllis no se sintió relativamente tranquila. Entonces pudo respirar a gusto y formuló una pregunta al joven:

—¿Tiene idea de lo que se debe hacer a continuación?

—En lo que a mí respecta, debería volver a mi puesto inmediatamente, pero aún me quedan unos cuantos días de vacaciones y siento una maldita curiosidad por conocer el desenlace de este asunto —respondió él.

—Eso significa que piensas seguir investigando.

—Justamente.

—Y, ¿puedo saber por dónde piensas empezar?

—Por Selene Oldham.

CAPITULO VIII

La bata era corta y muy transparente. Ello permitía ver las prendas íntimas que había debajo, muy breves de tejido. Mitchell pudo apreciar también el ligero que sostenía las medias de color negro.

El conjunto era terriblemente atractivo. Mitchell tuvo la impresión de que Selene estaba aguardando a alguien.

—Temo ser inoportuno —dijo, después de que ella hubo abierto la puerta—. De todos modos, estaré sólo unos minutos... si no tiene inconveniente en recibirme.

Selene sonrió amistosamente.

—Pase —invitó—. Es cierto, estoy aguardando a alguien, pero aún tardará un poco. ¿Quieres tomar una copa?

—¿Qué le parece un poco de café?

—A su gusto, señor Mitchell.

—¿Por qué no me llama Gratt?

Selene se alejaba hacia la cocina y le miró por encima del hombro, con ojos maliciosos.

—¿Qué se trae entre manos? —preguntó.

—Hablar con usted. Tengo curiosidad por saber algunas cosas —respondió él, mientras la seguía a corta distancia.

Entraron en la cocina. Selene puso la cafetera al fuego.

—Está bien, empiece.

—¿Cómo terminó la fiesta?

—Según se mire, muy mal o muy bien.

—A ver, dígalos con claridad.

—Terminó muy bien, porque cada uno de los presentes salimos con diez mil dólares en el bolsillo.

—Vaya, eso es un poco menos que los ciento cincuenta mil que algunos esperaban cobrar.

—Pero salimos vivos, Gratt.

—Eso sí es un buen final de fiesta. ¿Y el mal final?

—La policía... y los cadáveres que Holmes, Kidd y los otros escondieron en alguna parte. Los diez mil dólares sirvieron para taparnos la boca... aparte de la amenaza de desollarnos vivos si nos íbamos de la lengua.

—Conmigo no teme hablar, por lo visto.

—Usted estaba allí y vio lo que pasó. Ahora podría ir a la policía otra vez y... ¿le creerían o le encerrarían por loco?

—Lo segundo, con toda seguridad.

Selene rió suavemente.

—¿Lo ve? —El agua hervía ya y arrojó un puñado de café—. ¿Tiene algo más que preguntarme, Gratt?

—Sí, con su permiso, claro.

Ella hizo un ademán con la mano izquierda.

—Adelante —invitó.

—Selene, no se enoje... pero usted fue la amante de sir Archibald

—dijo él.

—Lo siento, aunque la cosa duró sólo un par de años. Hasta que Susan se cruzó en mi camino.

—¿Por qué cambió el viejo?

Selene se tocó el pelo.

—Es así, nada de tinte —contestó—. El viejo parecía un poco cansado de la mujer más o menos nórdica y Susan apareció, con su aspecto de española ardiente y demás tópicos.

—Ah, desciende de españoles...

—Yo era ciega, sorda y muda —contestó significativamente.

—Pero ahora ya no hace falta tanta discreción...

—Nunca me metí en sus negocios. Yo estaba allí con un solo objeto y eso era lo que hacía, créame.

Mitchell suspiró.

—Está bien. ¿Conocía a los otros... «invitados»?

—Más o menos, aunque mi relación había sido más bien escasa. En algunas ocasiones, los había visto en la casa, cuando iban a tratar de negocios con sir Archibald. Por supuesto, me los presentaba, pero la cosa no pasaba de unas cuantas frases corteses, de rutina, vamos.

—¿Conoció antes al hijastro?

—No, nunca lo había visto hasta aquella noche.

—¿Cree que sir Archibald fue asesinado?

—¡Absurdo! Fue una invención del joven Quinn, para impresionarnos. Yo creo que él quería que alguno de nosotros se amedrentase lo suficiente para que le dijera dónde están los dos millones de dólares. Las cosas se torcieron luego y...

El teléfono sonó de pronto. Selene se acercó a la pared, levantó el aparato y escuchó atentamente. Al cabo de unos momentos, se volvió hacia el joven.

—No viene —dijo.

—Lo siento —sonrió Mitchell—. Hay hombres que no son capaces de mantener su palabra.

—Oh, eso no importa. Vendrá otro día. Sus negocios, ¿sabe?

De pronto, ella le miró de un modo especial. Mitchell se sintió un tanto incómodo.

—¿Me pasa algo? —preguntó.

—Estaba pensando... si tiene mucha prisa... ¿Le espera alguien, Gratt?

El joven sonrió.

—No tengo ningún compromiso, si es eso lo que le interesa —respondió.
Ella se le acercó y le cogió la cara con ambas manos.
—Pues ahora ya tienes un compromiso —dijo ardientemente.
—Selene, mi sueldo es más bien modesto y no me permite ciertos dispendios...
—Oh, ¿quién habla de dinero? —Ella lanzó una alegre carcajada.
—. ¡Paga el otro, tonto!

* * *

Selene se incorporó un poco en la cama, encendió dos cigarrillos y puso uno a su acompañante.
—Eres estupendo, Gratt —dijo.
—Gracias, hermosa. Tú no te has quedado atrás —sonrió él.
—Bueno, a veces es preciso fingir un poco... pero cuando la ocasión se presenta y el fuego se desborda... no hay ficción que valga.
—Sí, lo entiendo. Selene, ¿puedo decirte algo que me preocupa bastante?
—Claro. Habla, encanto...
—Tú aseguras que el viejo nunca mencionó a su segunda esposa y a su hijastro. ¿No te parece un poco raro?
—Sí, pero él era de por sí bastante raro...
—Aún así, en dos años, creo que podía haberte dicho algo en alguna ocasión.
—Gratt, ¿me permites un consejo?
—Desde luego.
—Ve a ver a Víctor Travis. Era el abogado de sir Archibald, precisamente el mismo que me entregó mi... carta de despido. Lo que él no te diga sobre el particular, no te lo dirá otra persona. Es decir, si sigues teniendo interés en el caso.
—Lo tengo —contestó él.
—¿De veras?
—Norris murió anoche. Asesinado.
Selene se sentó de golpe en la cama. Sus senos oscilaron pesadamente unos instantes. Tenía los ojos muy abiertos.
—No —dijo a media voz.
—Pero... ¿cómo...?
—Alguien le tendió una trampa. Desconozco el cebo empleado, pero el caso es que Norris acudió a Maldvane House... y allí se encontró con una flecha que le partió el corazón.
Selene se sentía aterrorizada.
—Eso es cosa de Quinn —exclamó.
—¿Lo crees así?

—Tengo la seguridad... Oh, conozco a los hombres un poco. Quinn tiene la cara de ángel, pero es un verdadero demonio. No sé qué le pudo pasar con Norris, pero puedes estar seguro de que decidió asesinarlo... ¿Has dicho con una flecha? ¡Eso parece fantástico!

Mitchell le explicó cómo había sucedido la cosa. Selene seguía con los ojos dilatados por el asombro.

—Sí, es un diablo —insisto—. Apártate de él, no vuelvas a acercarte a su lado en todos los días de su vida.

Mitchell dejó el cigarrillo en un cenicero, se sentó en el borde de la cama y empezó a calzarse.

—Lo procuraré —respondió.

—¿Cómo? ¿Te marchas ya?

—Lo siento, cariño. De pronto, he recordado que tengo una cita.

En cierto modo, era una mentira. Mientras conversaba con la rubia, había recordado un nombre y quería entrevistarse cuanto antes con su dueño.

—No será con otra mujer, espero —dijo Selene.

—¿Crees que podría mirarla, después de haber estado contigo?

Ella rió satisfecha, sacando mucho el busto opulento, del que tan orgullosa se sentía.

—Tiene que ser muy guapa para ganarme, en todo caso —dijo.

—No hay quien te gane —aseguró Mitchell, muy serio.

* * *

El hombre escuchó a Mitchell atentamente y después cerró un ojo y con el otro miró al techo del bar en que se hallaban.

—Has dicho Harlan Kidd, Gratt.

—Sí, Mike Potter.

Los dedos de Potter tabalearon sobre la mesa. Mitchell lo conocía desde hacía diez años al menos. Sabía que Potter conocía a muchísima gente. En aquel local, entraban toda clase de personas de ambos sexos.

—Harlan Kidd... —repitió el sujeto—. Sí, ahora recuerdo.

—Bien, suéltalo, Mike —pidió Mitchell.

—¿Te interesa mucho hablar con él?

—Sí.

—Ten cuidado. Es muy peligroso.

—Lo sé.

—Hace cualquier cosa que le manden, por dinero. Y tú no eres precisamente un potentado.

—Es que no pienso contratar sus «servicios». Mike.

—Sólo quieres hablar con él.

—Exactamente.

—Entonces, átaló primero o no conseguirás nada. Pero tienes que sorprenderlo...

—Mike, deja de darme ciertos consejos; yo sé muy bien lo que se debe hacer en tales circunstancias. Dime solamente dónde puedo encontrarle y yo me ocuparé del resto. ¿Entendido?

Potter sonrió burlonamente. Dio la respuesta que deseaba el joven y luego trazó con la mano el signo de la Cruz.

—*Ego te absolvo...*

Mitchell lanzó un bufido, a la vez que se ponía en pie.

—No me consideres difunto todavía —se despidió de mal talante.

CAPITULO IX

Harlan Kidd llegó al apartamento, insertó la llave en la cerradura y, después de hacerla girar, empujó la puerta. Luego tanteó y presionó el interruptor. Las tinieblas se disiparon instantáneamente.

Cerró la puerta. La imagen de Mitchell apareció ante sus ojos. El sujeto fue a decir algo, a la vez que metía la mano en el interior de su chaqueta. Antes de que pudiera completar el gesto, un puño se clavó en su estómago, haciéndole doblarse sobre sí mismo. Un golpe en la nuca le hizo perder en el acto la noción de las cosas.

Cuando despertó, se encontró en la bañera, atado de pies y manos, de tal forma, que le era imposible salir por sus propios medios. Alzó la vista y captó la burlona sonrisa de Mitchell, en pie junto a la bañera.

—Hola —dijo el joven—. ¿Qué le parece si hablamos un poco, señor Kidd?

—Será mejor que me suelte...

—Si abro los grifos, pueden suceder dos cosas. Una, acabará hervido como un pescado, si el que abro es el del agua caliente. Otra, puede morir ahogado, si el que abro es el del agua fría. ¿Qué método elige, Kidd?

La frente del sujeto se cubrió de sudor. El hombre que le había capturado no era como los invitados de Quinn. Era tan duro o más que él y pudo darse cuenta de que estaba decidido a cumplir su amenaza.

—Ninguno —contestó.

—Muy bien. Entonces, déme la respuesta. Y no le hago la pregunta, porque usted la ha adivinado ya.

—Quiere saber dónde está Quinn.

—Me gusta su sentido de la percepción —rió Mitchell.

—Está bien. No lo sé.

Mitchel alargó una mano.

—Probaré primero con el agua caliente...

—¡Espere! —chilló Kidd—. Le he dicho la verdad. Yo no sé dónde vive. Nos comunicamos por teléfono...

—Bien, déme ese número.

Kidd cedió de mala gana. Mitchell anotó el número en su agenda, que guardó a continuación.

—Pensé que serías más duro —dijo despectivamente.

—Le seré sincero —repuso Kidd, ya más calmado—. Quinn me paga bien, no tengo por qué negarlo, pero también aprecio mucho mi pellejo. ¿Lo entiende ahora?

—Desde luego. Si no es Quinn, otro te contratará, ¿verdad?

Quidd hizo una mueca.

—Nunca me falta trabajo —respondió cínicamente.

—Sí, es posible que sigas trabajando... en la cantera de un penal

—contestó Mitchell, mientras se dirigía hacia la puerta.
—Eh, ¿es que no me va a soltar? —chilló el pistolero.
Mitchell volvió sobre sus pasos y abrió los dos grifos.
—Las cuerdas se mojarán y podrás soltarte —se despidió sonriendo.
Cuando llegaba a la salida, vio el teléfono encima de una consola. Agregó el aparato y lo separó de un tirón de su cable. Luego lo ocultó bajo la chaqueta. Minutos después, lo arrojaba a un cubo de basura.

* * *

—He averiguado algunas cosas interesantes —dijo.

Phyllis le miró con curiosidad.

—Soy toda oídos —sonrió.

Mitchell habló durante unos minutos. Al terminar, ella se quedó muy pensativa.

—Gratt, ¿puedo decirte algo?

—Desde luego.

—Creo que te has metido en un juego muy peligroso. Déjalo, te lo ruego.

Mitchell se sorprendió de la petición.

—¿Lo quieres así?

Phyllis vaciló un poco.

—Bueno, no tengo derecho a pedirte..., pero te aprecio... Si, te he tomado afecto, no me mires como si fuese un bicho raro.

—No lo eres —sonrió Mitchell complacidamente—. Todo lo contrario. Y me gusta oírte así, pero creo que debo seguir hasta el final.

Las manos de la muchacha cayeron lacias a sus costados.

—No te puedo detener —dijo, un tanto desanimada.

—No lo sientas —rogó él.

De pronto, se acercó a Phyllis y le puso las manos en los hombros. La miró un instante, sonriendo, y luego se inclinó para besarla en los labios muy suavemente.

—Eres una chica maravillosa —dijo—. ¿Nadie te ha pedido aún en matrimonio?

Ella trató de sonreír.

—Oh, sí claro. He tenido muchos pretendientes.

—Y ninguno te ha convencido.

—Hubo uno, Gratt. Incluso estábamos prometidos.

—¿Qué pasó?

—Si no te ríes de mí...

—¿Por qué iba a reírme? Habla, no temas.

—Su mamá no le dejó casarse conmigo. Era un tipo estupendo, salvo que se dejaba dominar demasiado por su madre.

—Hay hombres así. No lo lamente, Phyllis.

Volvieron a mirarse. Mitchell iba a besarla de nuevo, cuando, de pronto, sonó el teléfono.

Estaban en el apartamento de la muchacha. Phyllis rompió el contacto y fue hacia el teléfono. Escuchó unos momentos atentamente, hizo un gesto de aquiescencia y contestó: —Sí, por casualidad está en mi casa. Ahora se pone, señor Cates.

Tendió la mano y Mitchell se acercó a ella.

—No estoy aquí por casualidad —dijo, después de besarla en la mejilla. Agarró el teléfono—. Señor Cates, soy Mitchell... ¿En qué puedo servirle?

—¡Al fin! —exclamó el sujeto—. He estado buscándolo por todas partes... Ya no sabía adónde volverme, cuando se me ocurrió buscar el teléfono de la señorita Humpden en la guía...

—¿Cómo se le ocurrió pensar que yo podía estar en su apartamento? —se extrañó el joven.

—Era una posibilidad, ¿no? Por favor, ¿puede venir a mi casa?

—¿Qué ocurre, señor Cates?

—Lo siento, no se lo puedo decir por teléfono, pero es muy urgente...

—Al menos, anticipéme un poco, aunque sea en clave —pidió Mitchell.

—Está bien. Se trata de... un paquete muy gordo. Creo que sé dónde...

Algo interrumpió a Cates súbitamente. Mitchell oyó el estampido a través del hilo con toda claridad.

Cates se quejó. Mitchell lanzó un grito.

—¡Hable! —pidió a voz en cuello.

Pero lo único que pudo oír ya, fue el ruido del teléfono al caer de la mano de Cates. Luego, el hilo sólo transmitió silencio.

Phyllis apreció inmediatamente el cambio de expresión del joven y se sintió terriblemente aprensiva.

—¡Gratt! ¿Qué pasa? —preguntó.

Mitchell volvió lentamente el teléfono a la horquilla.

—Cates ha sido asesinado —anunció con dramático acento.

* * *

Discretamente ocultos en la penumbra, contemplaban el chisporroteo de las luces de los coches policiales y de la ambulancia. Dos sanitarios sacaron una camilla, en la que se veía un bulto cubierto por una sábana.

Un par de fotógrafos hacían relampaguear sus *flashes*. Mitchell

fumaba un cigarrillo un tanto nerviosamente.

—Han acudido pronto —comentó Phyllis.

—Si te fijas bien, es una casa con jardín, relativamente aislada, pero no tanto que no se oiga un disparo hecho en su interior —dijo él—. Algún vecino lo oyó y avisó a la Policía.

—Sí —admitió ella—. Y Cates ya no podrá decirnos nunca dónde están los dos millones de dólares.

Mitchell entornó los ojos.

—Me pregunto por qué tuvo que llamarme a mí especialmente —murmuró—. ¿No encontró a otro mejor para comunicarle su descubrimiento?

—¿Quieres que te lo explique?

—¿Acaso eres adivina del pensamiento?

—No, pero no es tan difícil adivinar que, de todos los presentes en aquella reunión, tú eras el único honrado.

—¿Tú no? —sonrió él.

—Bueno, yo me refería a los hombres.

—Gracias por la buena opinión que tienes de mí, pero eso no acaba de aclarar por qué Cates tenía tanto interés en decirme dónde están los dos millones.

—Tal vez quería que tú los encontrases y repartieses el dinero con él.

—Eso no encaja demasiado con tu opinión sobre mi honradez —alegó Mitchell.

—Si te hubiera convencido y hubieses hecho un trato con él, lo habrías respetado.

—Es posible que pensara así, pero, en todo caso, ¿por qué no fue él directamente a Maldvane House?

—Temo que no conoceremos nunca la respuesta exacta —se lamentó Phyllis.

De pronto, Mitchell extendió una mano y la apoyó en el brazo de la muchacha.

—Phyllis, he visto algo —dijo.

—¿Qué es? —preguntó ella, muy intrigada.

Mitchell abrió la portezuela del coche.

—No te muevas para nada —ordenó—. Quédate aquí hasta que vuelva. No tardaré mucho, te lo aseguro.

Inmediatamente, echó a andar y, en apariencia, según observó Phyllis, en dirección opuesta a la casa de Cates.

Pero a los pocos momentos le vio que se desviaba y comprendió sus intenciones.

Después del rodeo, Mitchell llegó junto a la casa, en un lugar discreto y en sombras, aunque no tan oscuro que no se pudiera divisar la silueta de un hombre que, al parecer, contemplaba muy entretenido el espectáculo de los policías que iban y venían por todas partes.

Mitchell estaba desarmado, pero era hombre de fértil ingenio. Llevaba en el bolsillo un encendedor barato, cilíndrico, y apoyó el extremo liso en el cuello del sujeto.

—Quinn, si se mueve, considérese muerto —dijo en voz que sólo el aludido podía escuchar.

El cuerpo de Quinn sufrió una leve sacudida.

—¿Mitchell? —dijo apagadamente.

—El mismo.

—¿Cómo ha sabido que yo...?

—El asesino vuelve siempre al lugar del crimen.

—Es un aforismo totalmente inexacto, Mitchell.

—No trate de negar la evidencia, Perry. Usted ha asesinado a Cates. Como hizo con Norris.

—Repito que se equivoca. Puedo admitir que esas muertes me benefician, pero no soy su autor.

—¿A quién trata de engañar? Usted ha mentido desde el principio... Su padrastro falleció de un ataque cardíaco. Nadie lo asesinó, aunque admita que esa muerte pudo beneficiar a más de uno. Pero la historia que contó al respecto es una fábula desde el principio al final.

—Reconozco que tengo mucha inventiva. Sin embargo, estuvo a punto de dar resultado.

—¿De veras?

—Sí. Entre todos los que estaban allí reunidos aquella noche, había uno que conocía el lugar exacto donde estaban escondidos los dos millones de dólares.

—¿Quién es, Perry?

—Aún no lo sé. Puede creermelo o no, me es indiferente, pero le he dicho la verdad.

—¿No sospecha de ninguno?

Quinn rió en tonos bajos.

—De todos —contestó.

—Pero alguno habrá más sospechoso que otro.

—Sí, tal vez. Sin embargo, no me gusta actuar solamente por meras sospechas. Necesito la certidumbre de que voy a acertar.

—Hasta ahora no se puede decir que lo haya conseguido.

—No, pero lo conseguiré.

Súbitamente, Quinn se agachó, inclinándose hacia adelante, a la vez que disparaba el pie derecho como la coza de un caballo.

Mitchell adivinó el gesto y hurtó el bajo vientre al golpe, aunque no lo consiguió por completo.

Se tambaleó y abrió los brazos. Cuando quiso recobrarse, Quinn había desaparecido.

Regresó al coche no demasiado satisfecho de sí mismo.

—Escapó —dijo, al sentarse tras el volante.

—¿Quinn? —adivinó ella.

—Sí. Pero niega ser el asesino.

—¿Le crees?

Las manos de Mitchell se apoyaron desalentadamente sobre el volante.

—No sé qué pensar —respondió.

CAPITULO X

—¿Puedo saber qué interés tiene usted en determinados aspectos de la vida privada de mi difunto cliente?

Mitchell miró serenamente al imponente sujeto que estaba al otro lado de una enorme mesa de despacho. Víctor Travis contaba unos cincuenta y cinco años y ofrecía todo el aspecto de un hombre acostumbrado a mandar y ser obedecido poco menos que en el acto. En su rubicundo rostro, apenas sin arrugas, lo que le hacía aparentar diez años menos de los que tenía en realidad, se adivinaba, sin embargo, una expresión de astucia difícilmente superable por cualquier interlocutor que se enfrentase con él. Mitchell se alegró de no ser el fiscal en un juicio; habría perdido el caso indefectiblemente, pensó.

—Se lo diré con toda claridad, aunque usted no me crea —respondió—. Aunque no me crea, hace algunas noches se cometieron tres asesinatos en Maldvane House.

Travis levantó las pobladas cejas.

—No, no me lo creo —dijo—. La casa no ha sido habitada después de la muerte de su propietario.

—Sir Archibald estaba casado, creo.

—Es cierto.

—Y su segunda esposa no vivía con él.

—Hacía ya unos cinco años que se habían separado.

—¿Por qué?

—Ella no andaba muy bien de la cabeza. Mi difunto cliente la internó en una clínica, en la que permaneció cosa de un año. Luego, cuando se curó, no quiso que volviese a su lado, aunque, eso sí, le asignó una suma más que suficiente para que sus necesidades quedasen cubiertas con... iba a decir holgura, pero la palabra largueza es más apropiada. A sir Archibald no le gustaba regatear nada a las personas a quienes estimaba o había estimado. Mitchell pensó inmediatamente en Selene y Susan. Sí, Travis estaba en lo cierto.

—¿Qué fue del hijastro? —preguntó.

—Es un muchacho magnífico. Hace tiempo que no sé nada de él, pero puedo decirle que terminó su carrera con excelentes notas y que acabará llegando a puestos muy altos. Se lo merece, créame.

—¿Una carrera universitaria?

—Exactamente. Ingeniería nuclear.

—Ya tiene que ser listo —sonrió Mitchell—. ¿No podría darme su dirección, señor Travis?

—En todo caso, la de la madre quien, supongo, sabrá donde vive actualmente Perry. ¿Piensa visitarla, señor Mitchell?

—Me gustaría —respondió el joven.

—Es un viaje muy largo. Actualmente, la señora Egan reside en Maine.

Mitchell silbó.

—Eso es California —dijo desalentadamente.

Travis sonrió. Escribió algo sobre una hoja de papel, la arrancó y se la entregó a su visitante.

—El teléfono puede ahorrarle unos miles de kilómetros —indicó.

—Gracias. —Mitchell se puso en pie—. ¿Puedo hacerle otra pregunta, abogado?

—¿Por qué no? —accedió Travis benevolentemente.

—¿Sabe si, el alguna ocasión, sir Archibald llegó a tener dos millones de dólares, en efectivo, en Maldvane House?

—Una suma muy elevada, ¿no le parece?

—Pero ¿tuvo o no ese dinero en su casa?

—A veces, necesitaba hacer ciertos pagos en efectivo —contestó Travis evasivamente.

—Comprendo. Muchas gracias, señor.

Mitchell se encaminó hacia la puerta. De pronto, se detuvo ante una consola, sobre la que había una fotografía con marco de plata.

Era el retrato de tres personas, dos hombres y una mujer. Uno de los hombres pasaba, evidentemente, de los sesenta años. Ella aparentaba poco más de cuarenta y era bastante guapa.

El tercer personaje era un muchacho de unos dieciocho años. Travis se dio cuenta de la actitud de Mitchell y dijo:

—Me la dio mi difunto cliente al cumplirse los diez años de su segundo matrimonio. El muchacho es su hijastro Perry, recién concluidos los estudio secundarios y en vísperas de ingresar en la Universidad.

—Eso significa que la fotografía tiene una antigüedad de unos seis años.

—Aproximadamente.

—Está bien. Muchas gracias por todo, abogado.

—Señor Mitchell, permítame un consejo, por favor.

El joven se volvió.

—Encantado, señor Travis. Ignoro dónde vive ahora, pero creo que podrá encontrar su nombre en la guía telefónica.

—¿Quién es Pentlane?

—El secretario personal de mi difunto cliente.

Mitchell sonrió.

—Y un secretario personal conoce muchos secretos de su principal —dijo.

—A veces, incluso los que no conoce su propio abogado —

El número de Pentlane aparecía, efectivamente, en la guía telefónica, pero el individuo se hallaba ausente de la ciudad y el conserje del edificio no supo decirle nada sobre su regreso. Un tanto decepcionado, Mitchell se preguntó a continuación qué podría hacer para acabar de solucionar un enigma que tantas horas de sueño le estaba costando.

No tardó mucho en hallar la respuesta. Media hora más tarde, llamaba a una puerta. Logan Byne abrió a los pocos instantes.

—Ah, es usted —dijo el sujeto, sonriendo cordialmente—. El invitado a la fuerza en aquella poco agradable reunión.

—El mismo —repuso Mitchell—. ¿Puedo hablar con usted?

Byne se apartó a un lado.

—Supongo que quiere comentar lo que sucedió aquella noche —dijo.

—Algunas de las cosas ocurrieron después de mi marcha. Gracias por recibirme, señor Byne.

—Es un placer, amigo Mitchell. —Byne fue detrás de una barra y destapó una botella—. ¿Un traguito?

—Gracias, no es mi hora.

—A su gusto. Yo sí lo tomaré... Pero hable, hable sin temor. Estoy deseoso de ayudarle.

—Si es así, no le importará decirme cuáles fueron sus relaciones con sir Archibald.

Byne demoró la respuesta un momento, mientras tomaba unos sorbos de su copa.

Luego dijo:

—Sir Archibald tenía negocios limpios y otros no tan limpios. De los primeros, se encargaban ciertas personas, que no tienen por qué reprocharse nada; sus actos fueron siempre legales. En cuanto a los negocios no tan limpios, si quiere que le diga la verdad, sé muy poco.

—¿Absolutamente nada?

Byne soltó una risita.

—Hombre, tanto como eso...

—¿Qué hacía usted para sir Archibald?

—Lo que hacían los demás. En general, actuábamos como correos. No nos daba muchas explicaciones ni tampoco se las pedíamos. Pagaba generosamente y puedo citarle un par de nombres de

tipos que quisieran traicionarle. Acabaron mal.

—Entonces, era... un asesino.

—El nunca mató a nadie personalmente.

—Otros lo hicieron por él.

—En esa clase de negocios conviene estar a bien con el jefe. Mire, lo que yo hacía, y supongo que los otros también, era llevar mensajes y traer las respuestas. Nunca sabíamos de qué se trataba, aunque en ocasiones llevábamos grandes sumas en efectivo. Tanto el destinatario como sir Archibald conocían al céntimo la suma que iban a recibir. Bueno, a veces era él quien enviaba el dinero y otras veces lo recibía, pero siempre por medio de uno de nosotros. ¿Usted me entiende?

—Sí —contestó Mitchell—. Continúe, por favor.

—A veces, por ejemplo, me enviaba digamos a Nueva York con un mensaje personal, que casi siempre era un sobre lacrado, sin dirección, porque yo la memorizaba. A mi regreso, traía un maletín con dinero. Sir Archibald lo contaba y luego me entregaba mi salario. Otras veces, en cambio, sucedía a la inversa; recibía un mensaje y enviaba el dinero. Es todo lo que le puedo decir. No me pregunte de qué clase de negocios se trataba, porque lo ignoro.

Mitchell estudió a Byne durante unos segundos. El tipo era sincero, se dijo. Tal vez callaba algunos detalles, cosa lógica por otra parte, pero ello no tenía excesiva importancia.

—Entonces, todos eran mensajeros —dijo al cabo.

—Los hombres, por lo menos.

—Claro, las mujeres eran sus amantes.

—Menos Betty Miles. A ésta se le había pasado ya el atractivo.

—Entonces, ¿cuál era su relación con sir Archibald?

—Fue su ama de llaves una temporada. Pero tenía una excesiva afición a mirar por el ojo de las cerraduras y el viejo la despidió.

—Comprendo. Por cierto, ¿qué fue de Feldon...?

Byne se echó a reír.

—Lo hizo muy bien —contestó—. Una comedia perfecta. Se había hablado de envenenamiento y a todos nos pareció lógico que hubiese tomado un veneno. Simplemente, quería escaparse de Maldvane House.

—¿Lo consiguió?

Byne se encogió de hombros.

—Los esbirros de Quinn se lo llevaron. No he vuelto a verle —contestó.

—¿Cree que está muerto?

—No puedo darle una respuesta en ningún sentido. Lo ignoro, simplemente.

—Luego Quinn les pagó para que callasen.

—Sí, es cierto.

—¿Ha vuelto a verle?

—No.

—Una pregunta más, por favor.

—Claro, hombre.

Byne volvió a la misma botella, pero entonces se dio cuenta de que estaba vacía y destapó otra.

—¿Conoció usted a Pentlane, el secretario personal de sir Archibald?

—Muy poco. Prácticamente nada.

—¿Cómo se explica eso, señor Byne?

—Verá, cuando el viejo necesitaba de alguno de nosotros, nos llamaba por teléfono. A veces lo hacía el secretario, claro; pero cuando llegábamos a la casa, nos recibía siempre el mayordomo, quien nos llevaba directamente al despacho del viejo. Sir Archibald nos hablaba a solas, siempre, siempre. Pentlane no estuvo jamás en ninguna de nuestras entrevistas.

—Comprendo. Y ahora, privadamente, ¿cree usted que pueda haber una suma tan enorme como la que citó Quinn? Escondida en Maldvane House, por supuesto.

Byne levantó su copa y la miró al trasluz.

—¿Por qué no? —repuso—. Sir Archibald era muy desconfiado, tenía que serlo a la fuerza. Y la casa es lo suficientemente grande como para tener una docena de huecos secretos en los que no ya dos, sino veinte millones se podrían esconder y no se encontrarían, a menos que se demoliera la casa hasta los cimientos.

El sujeto terminó de hablar y despachó la copa de un golpe. Mitchell sonrió.

—Ha sido muy amable. Perdone las molestias —dijo.

Byne hizo un ligero ademán.

—No se preocupe. He tenido un gran placer —contestó.

De repente, Mitchell notó un ligero olor, algo dulzón, que había invadido la atmósfera en contados segundos. Aspiró con fuerza y se sintió alarmado.

Miró a Byne. El hombre se disponía a prender un cigarrillo con un fósforo que acababa de encender.

Súbitamente, el fósforo escapó de sus dedos y el cigarrillo cayó al suelo. Byne se llevó una mano a la garganta.

Sus ojos giraron horriblemente en las órbitas.

—Algo... me está pasando...

A trompicones, salió de la barra y trató de alcanzar un sillón. Pero las fuerzas le fallaron de súbito y cayó de bruces sobre la

alfombra.

Una espuma sucia brotó de sus labios. El olor a almendras amargas se acentuó.

Mitchell retrocedió, horrorizado.

—¡Cianuro! —murmuró.

Miró la botella fatídica, pero no la tocó. Alguien había estado en la casa y puesto el veneno en el interior del recipiente. El gusto fuerte del alcohol había tapado de momento el olor del cianuro, así como su sabor. Pero el veneno había hecho sus mortíferos efectos en contados segundos.

Mentalmente, repasó unos cuantos nombres: Steiner, Cates, Norris... aunque el primero no había muerto precisamente a manos del asesino desconocido. ¿Y Feldon? ¿Qué había sido de él?

Con gran cautela se dirigió hacia la puerta. Por fortuna, no había tocado nada en el apartamento. Usó un pañuelo para abrir la puerta. Luego buscó el ascensor.

CAPITULO XI

—Creo que necesitas algo fuerte —dijo Phyllis—. Café con coñac, por ejemplo.

Mitchell, desmadejado en un sillón, en el apartamento de la muchacha, asintió.

—Me sentará bien, en efecto.

Phyllis fue a la cocina, en la que trasteó unos minutos. Luego volvió con una bandeja en las manos.

Mitchell tomó unos sorbos y empezó a sentirse un poco mejor.

—Diablos —masculló—. Estoy acostumbrado a ver muchas cosas..., pero jamás había visto morir a un hombre de esa manera. Tan rápido...

—¿Tienes sospechas de quién pudo hacerlo?

—Quinn, naturalmente.

—¿El hijastro de sir Archibald?

—No puede ser otro.

Phyllis se sentó en una butaca, juntó las rodillas y apoyó un codo en ellas, en actitud pensativa.

—¿No podría ser alguna de las mujeres? —sugirió.

—Lo dudo mucho. En todo caso, sólo hay una sospechosa.

—¿Cuál de ellas?

—Betty Miles. Fue ama de llaves en Maldvane House. Sir Archibald la despidió por demasiado curiosa.

—Entonces, quizá ella podría saber dónde está el dinero. Porque me parece que el intríngulis de todo este asunto está en los dos millones de dólares. ¿No lo crees así?

—Es un cebo demasiado tentador, en efecto —convino él—. Y una suma lo suficientemente elevada para que un tipo como Quinn deseche todos sus escrúpulos.

—Mata a la gente...

—Seguramente para evitar que le quiten ese tesoro. O tal vez por despecho.

—¿Cómo?

—Es posible que los muertos supieran algo y prefirieran callar. Entonces, Quinn los hizo asesinar... «Si no queréis hablar, callaréis para siempre», debió de decirse, o algo por el estilo. — Mitchell dio un puñetazo sobre el brazo del sillón en que estaba sentado—. Pero todo eso no son más que especulaciones, que no ofrecen ningún resultado práctico.

—Es cierto, pero ¿puedes hacer algo más?

El joven suspiró.

—Evidentemente, no... porque no se me ocurre nada nuevo —contestó.

—Debieras hablar con Betty Miles —sugirió ella.
—¿Lo crees conveniente?
—No perderías nada, supongo. —Phyllis consultó su reloj—. Sólo son las nueve de la noche. ¿Por qué no vamos a verla?
Mitchell la miró y sonrió.
—Ah, tú también quieres venir —dijo.
—Si no te importa...
—Oh, no, claro que no.
Mitchell se puso en pie. De pronto, agarró la cintura de la muchacha con ambas manos.
—Phyllis, ¿tienes mucho aprecio a tu empleo actual?
—No demasiado. Pero ¿dónde encontraría otro mejor?
—Quizá yo pueda darte uno.
—¿Qué clase de empleo?
—Atender una casa, por ejemplo.
—¿Quieres decir... hacer de criada?
—Hay muchas mujeres que atienden una casa y no hacen de criadas —contestó él maliciosamente—. Mi trabajo es modesto, lo admito, pero el sueldo es excelente y cubriría de sobra los gastos de la casa.
Phyllis se ruborizó deliciosamente.
—Creo que tendré que pensármelo —repuso.
—No emplees mucho tiempo —aconsejó él.
—Sólo el necesario. Y ahora, ¿vamos a hablar con Betty Miles?
—Sí, pero aguarda un momento. Antes dije que no se me ocurría nada nuevo. Ahora debo rectificar. Primero tengo que hacer una llamada telefónica. Luego, cuando hayamos hablado con Betty, iremos a ver a Feldon.
—Pero... ¿no está muerto?
—Eso es lo que no sabemos todavía. Si no lo encontramos en su casa, podemos considerarlo muerto.
Mitchell marcó un número de teléfono. Al otro lado de la línea, sonó una voz metálica:
—Este es el contestador automático de Edgar Pentlane. Al oír la señal, diga su mensaje, que quedará grabado...
El teléfono volvió lentamente a la horquilla.
—El mensaje que tengo que darle debe ser personal, cara a cara —gruñó.

* * *

Betty Miles debía de observar unas costumbres muy sobrias,

porque, a pesar de lo relativamente temprano de la hora, resultaba evidente que ya se disponía a acostarse. En bata, con zapatillas y la cabeza llena de rulos, ofrecía un aspecto deprimente.

—No esperaba verles por aquí —dijo, al reconocer a la pareja.

—Teníamos ganas de charlar con usted —manifestó el joven—. Es decir, si no le molesta...

—En absoluto, aunque les ruego sean breves. Tengo que madrugar mucho. —Betty sonrió amargamente—. Ya ven, era ama de llaves de un noble inglés y ahora me veo reducida a mujer de la limpieza. Por eso tengo que levantarme muy temprano...

—Lo siento, señora Miles.

Ella hizo un gesto con la mano. Phyllis, mujer al fin y al cabo, había observado ya la pulcritud que resplandecía en aquel apartamento. Al menos, se dijo, Betty tenía una virtud que saltaba a la vista de inmediato.

—No se preocupe —dijo la antigua ama de llaves—. ¿Quieren que les haga un poco de café?

—Gracias, pero no es necesario que se moleste. Solamente queríamos comentar con usted algunas de las cosas que pasaron hace varias noches en Maldvane House.

—Una velada poco agradable, ¿verdad? Lo confieso: pasé muchísimo miedo. Llegué a pensar que el señor Quinn nos asesinaría a todos.

—Pero algo le hizo cambiar de opinión. Y les pagó diez mil dólares a cada uno de los presentes, para que callaran lo que había pasado allí.

Betty rió agriamente.

—«Dijo» que nos pagaría esa suma, pero, hasta el momento, no he visto el color de sus billetes —repuso.

—Ah, no ha cumplido su palabra.

—¿Cómo podría cumplirla sin encontrar antes los dos millones de dólares?

—Entiendo —murmuró el joven—. ¿De veras cree que ese dinero está en la casa?

—¿Por qué no? Sir Archibald siempre tenía grandes sumas de dinero en Maldvane House. Quizá sea una fábula, pero si el dinero apareciese, no me extrañaría en absoluto —contestó Betty.

—Y no se le ocurre dónde puede estar.

—¿Lo quiere encontrar usted?

—No me pertenece, señora Miles.

—Pero no le haría ascos...

—Nuestras intenciones son muy distintas de las que usted nos atribuye —protestó Phyllis.

—Eso es cosa de ustedes. Lo lamento, no puedo decirles nada sobre el particular. Además, recuerden, cuando murió el viejo, yo ya había dejado Maldvane House. Y no por gusto precisamente.

Los ojos de Betty chispearon de cólera un segundo.

—Y no es cierto que me dedicase a escuchar detrás de las puertas —añadió.

—Entonces, ¿hubo otros motivos para el despido?

—Si los hubo, no me los comunicaron. El viejo utilizó ése para quitarme de en medio. Tal vez buscaba otra empleada más acomodaticia... o más joven y atractiva.

—Por ejemplo, Susan Hathmore —terció Phyllis.

—Esa zorra quería quedarse con el puesto. Sabía que un día u otro iba a ser despedida, por eso intrigó en mi contra. Aunque dejase de ser la fulana del viejo, quedaría como ama de llaves... Se podía sacar un bonito sueldo en el empleo. Sir Archibald no revisaba jamás las cuentas de la casa.

Mitchell sonrió.

—Sí, tenía que ser un puesto excelente. Oiga, señora Miles, ¿no se le ocurre a usted un sitio donde pueda estar el dinero?

—No. Lo siento.

El joven comprendió que Betty ya no quería seguir hablando, pero no pensaba marcharse sin hacerle algunas preguntas más.

—¿Cree que sir Archibald murió de un ataque cardíaco? —preguntó.

—No lo sé. Yo ya no estaba allí...

—Pero debía de tener enemigos, creo.

Ella entornó los ojos.

—Había uno, un tal Lefty Pentlane...

—Querrá decir Edgar, señora —exclamó Mitchell.

—No, no, he dicho Lefty. Era el hermano menor del secretario personal de sir Archibald. Por lo visto, habían tenido problemas. El viejo se puso como loco en una ocasión. Nunca lo había visto tan encolerizado; llegué a pensar que le iba a dar un ataque... Lefty debía de haberle hecho alguna jugarreta, a juzgar por lo que le dijo al señor Pentlane.

—¿Qué le dijo? —preguntó Phyllis, muy interesada.

—Pues... le aconsejó que ordenara a su hermano no volviera a poner los pies en Maldvane House o le pegaría un tiro.

—¿Conoce los motivos?

—No. Seguramente, Lefty le jugaría una mala pasada. Yo sólo le vi en una ocasión y me pareció un tipo repugnante. Melenas de dos palmos, barba hasta el pecho, ropas llenas de manchas y costurones... La verdad, no tenía una sola mosca encima.

—¿Por qué? —preguntó la muchacha, sonriendo.

—¡Se morían de asco!

Mitchell contuvo una carcajada.

—Gracias, señora Miles. Por favor, la última pregunta.

—¿Sí?

—¿Conoció a Perry Quinn, el hijastro de sir Archibald?

—No, sólo vi a la gran madre en una ocasión. El chico estaba en la Universidad y, cuando tenía las vacaciones, se iba con su madre. Nunca apareció por Maldvane House en el tiempo en que yo estuve allí como ama de llaves.

—Señora Miles, muchísimas gracias —dijo Mitchell—, Le quedamos muy reconocidos por sus informes.

—Ha sido usted muy amable —agregó Phyllis.

Betty sonrió.

—Me alegro de que consiguieran escapar —dijo.

—Por cierto, ¿murió Feldon? —preguntó la muchacha.

—Lo ignoro. Aquellos tipos se lo llevaron y ya no he vuelto a verle.

Mitchell y Phyllis salieron a la calle. La conversación había resultado interesante, dijo él, de nuevo en el coche.

Sacó cigarrillos y fumaron en silencio, todavía con el automóvil parado. Al cabo de unos momentos, Phyllis volvió a hablar:

—¿Crees que Lefty Pentlane tiene algo que ver con este asunto, Gratt?

—Sí, seguro.

—Pero no puedes probarlo.

—Por el momento, no —admitió Mitchell—. Tendría que tender una trampa a ese desaprensivo hijastro de sir Archibald, pero no sé cómo encontrarlo. Sin embargo, confío en que pronto se me ocurra algo. Aunque antes, si no te parece mal, deberíamos intentar entrevistarnos con Feldon.

—¿Hoy?

—¿Te sientes cansada?

—No, en absoluto.

Mitchell dio media vuelta a la llave de contacto.

—Entonces, vamos a ver a Feldon —exclamó.

El viaje fue inútil.

Feldon no estaba en su casa. El conserje de noche les dijo que hacía varios días que faltaba. Suponía que estaba de viaje, pero ignoraba la fecha de su regreso.

—¿Es frecuente que el señor Feldon se ausente de la ciudad? —preguntó Mitchell.

—Hombre, en ocasiones...

«Ni sí ni no, sino todo lo contrario», pensó el joven amargamente, a la vez que daba las gracias al hombre.

Salieron nuevamente a la calle.

—Te llevaré a casa, Phyllis —dijo.

—Muy bien.

El viaje de regreso se hizo en completo silencio. Al llegar, Mitchell se apeó y acompañó a la muchacha hasta la puerta de su casa.

—¿Quieres subir a tomar café? —invitó ella.

—No, gracias. Me siento un poco cansado y quiero reflexionar, aparte de que tú tienes que acudir mañana a tu trabajo.

—Sí, es cierto, Gratt.

—Entonces, buenas noches... Espera, tengo que preguntarte algo.

—Dime, por favor.

—¿Has pensado ya si aceptarás tu nuevo empleo?

Phyllis sonrió.

—También a mí me conviene reflexionar —respondió.

—Es cierto. Pero...

Mitchell asió suavemente sus manos y las besó con levedad.

—Procura que la respuesta sea afirmativa —añadió.

Phyllis sonrió dulcemente.

—Buenas noches, Gratt.

—Buenas noches, querida.

Mitchell regresó a su casa. Se disponía a acostarse, cuando, de repente, le llegó la idea que andaba buscando, como un súbito fogonazo en medio de las tinieblas. Y se puso tan contento, porque creía haber hallado la solución definitiva, que no pudo por menos que dar un par de zapatetas de alegría.

CAPITULO XII

Por segunda vez en pocos días, Mitchell y Phyllis se disponían a entrar en Maldvane House sin permiso de sus actuales dueños. La joven se sentía, sin embargo, muy aprensiva.

—¿Crees que dará resultado? —preguntó, al pie de la ventana que él se disponía a forzar.

—Sí, estoy seguro.

Mitchell consiguió abrir por fin y pasó al interior de la casa. Luego ayudó a la muchacha a saltar por la ventana. Ella se había puesto pantalones, indumentaria que estimaba más cómoda en aquellas circunstancias.

En la casa reinaba un silencio absoluto. Después de encender la luz de la estancia en que se encontraban, Mitchell consultó su reloj.

—Las once. Tal vez tengamos que esperar un poco —murmuró.

De nuevo se encaminaron al salón. Allí no había nadie, pero Phyllis encontró una botella abierta, medio vacía, y dos copas.

—Mira —dijo.

Mitchell examinó las copas. En Una de ellas había señales de lápiz de labios.

—Alguien ha estado aquí, celebrando una pequeña fiesta —murmuró.

—¡Susan Hathmore!

—O Selene Oldham. De todas formas, estaremos mejor en el despacho —aconsejó Mitchell.

Cruzaron el vestíbulo y se dirigieron a la habitación indicada. Mitchell se detuvo a pocos pasos de la puerta y giró lentamente sobre sus talones, contemplando la decoración concentrado en sí mismo.

—¿Dónde podrá estar ese dinero? —murmuró.

—La casa es grande, no le des más vueltas —dijo ella.

Mitchell asintió y señaló un sillón.

—Será mejor que te sientes. Yo vigilaré.

—¿Crees que vendrá?

—Le he puesto un cebo que no puede por menos de morder.

—Puede tener un arma...

—De eso estoy seguro. Pero no le dejaré que la use. Anda, siéntate.

Ella obedeció. El tiempo empezó a pasar muy lentamente.

A las doce, el gran carillón del vestíbulo dio las campanadas de la medianoche. Mitchell se arrellanó en el sillón que había elegido. En el suyo, Phyllis dormitaba apaciblemente.

Mitchell la contempló en silencio. Era una muchacha

encantadora, serena, mesurada... Sería una buena compañera, pensó.

Los minutos transcurrieron sin que sucediera nada. Mitchell dio una cabezada y se despertó sobresaltado. A los pocos momentos, sintió que el sueño se apoderaba de él nuevamente, pero casi en el mismo instante, oyó fuera el leve ruido de la portezuela de un coche, que había llegado en completo silencio.

Inmediatamente se despabiló. Apagó la luz de sobremesa, única encendida en aquellos momentos, y esperó.

Unos pasos cautelosos sonaron en el exterior. Alguien abrió la puerta. Tanteó para buscar el interruptor de la luz, pero Mitchell se le anticipó.

—Hola, Lefty Pentlane —saludó.

* * *

El recién llegado manoteó. Mitchell le había enfocado a la cara con la lámpara de sobremesa y Pentlane se sentía deslumbrado.

—Le estoy apuntando con un revólver —mintió.

Pentlane se puso rígido. Mitchell movió la mano izquierda.

—Phyllis, acércate por detrás y quítale su pistola. Luego enciende las demás luces.

—Sí, Gratt.

—Soy Perry Quinn —dijo el sujeto.

—No. He visto su fotografía en el despacho del abogado Travis. Usted y el auténtico hijastro de sir Archibald no se parecen en absoluto, salvo, quizá, en la edad.

Phyllis se había acercado a la mesa y puso encima un revólver de cañón corto. Pentlane estaba rígido, completamente tenso.

—Su aspecto es muy distinto ahora. Ya no lleva melenas, ni barba, y viste ropas limpias —sonrió Mitchell—. Quizá por eso no le supo reconocer nadie, si es que alguno lo conocía con anterioridad. Y por esa misma razón, pudo pasar fácilmente por Perry Quinn, el hijastro de Egan. Buscaba los dos millones, ¿no es cierto?

—¿Los ha encontrado usted?

—No.

—Entonces, ¿qué diablos...?

—Lefty, usted está aquí porque yo dejé un mensaje en el contestador automático de su hermano. Dije que sabía dónde estaba el dinero y que quería una parte como recompensa. No di mi nombre, claro; sólo dije que había tenido tratos en tiempos con el viejo. Usted picó y vino a buscar esa enorme fortuna.

»Por su hermano, conocía las andanzas de sir Archibald. Bueno, andanzas, cuando se habla de un hombre que no se movía de

casa... Pero la metáfora sirve. Y entonces se le ocurrió la idea de citar aquí a todos los que podían, en su opinión, saber dónde estaba escondido el dinero. Incluso se le ocurrió la brillante idea de inventar nada menos que cuatro asesinos. Todos ellos, usted lo sabía, detestaban profundamente al viejo. De las ocho personas reunidas, cuatro podían ser los asesinos para los otros cuatro... y ello, esperaba usted, podía facilitar su labor, porque, además, estaba dispuesto a matar a alguno, para terminar de impresionar al resto.

»Los ciento cincuenta mil dólares eran cuento puro, un medio de atraer aquí a los que podían saber algo sobre el particular. Pero, en todo caso, sólo los hombres sabían algo; las mujeres lo ignoraban por completo.

—¿Por qué los hombres? ¿Piensa usted que hago discriminación de sexos? —preguntó Pentlane burlonamente.

—Steiner, Norris, Cates, Feldon y Byne habían sido mensajeros para sir Archibald. Poco antes de su muerte, habían traído a esta casa importantes sumas de dinero, que totalizan los dos millones de dólares. A Steiner lo mataron unos hampones y le ahorraron un trabajo. Pero usted mató a los otros, en especial a Norris, por medio de una trampa diabólica. Sir Archibald había guardado dinero y documentos importantes en aquel hueco y había preparado la trampa. Usted la conocía, porque se lo dijo su hermano. A Cates lo mató a tiros y a Byne por medio de cianuro puesto en una botella.

—¿Podrá demostrarlo?

—Quizá no me interese tanto como encontrar el dinero.

—Para quedárselo, claro.

—No, para que lo recobre su legítima propietaria, la viuda de sir Archibald. Pero, de todas formas, en alguna parte hay escondidos varios cadáveres. La Policía los encontrará. Le costará probar su inocencia.

—¿Está avisada la Policía?

—Vendrá —dijo Mitchell.

—No hay teléfono.

—Lo he reparado yo. Empalmar los hilos es cosa muy sencilla, Lefty.

Pentlane entornó los ojos.

—Un tipo listo —murmuró Mitchell, sargento mayor de «marines». Le creí más torpe, se lo aseguro.

—Sí, un sargento de «marines» puede parecer torpe y brutal; es el tópico en estos casos. Pero en el mío debería saber algo que ni figura en mi documentación. Pertenezco al Servicio de Inteligencia. Eso confiere experiencia, Lefty.

—¡Vaya jugada! —se quejó el sujeto.

—¿Pensaba que debía habérselo advertido? —rió Mitchell.

—A mí debería habérmelo dicho —sonó de pronto la voz de Edgar Pentlane.

Mitchell volvió los ojos hacia el umbral. El otro Pentlane estaba allí, con una pistola en la mano y la expresión descompuesta.

—No le dejaremos salir vivo —añadió torvamente.

Mitchell no se inmutó.

—Por lo visto, sir Archibald no se fiaba demasiado de usted, cuando no quiso decirle dónde estaba el dinero.

Pentlane le apuntó con su pistola. Phyllis se sentía helada de pánico.

Súbitamente, sonó un disparo.

Edgar Pentlane se tambaleó. En su rostro apareció una infinita expresión de sorpresa. Fuera, en el vestíbulo, se oyó una horrible blasfemia.

—¡Cerdo! Querías matarme, como hiciste con los otros... —aulló Feldon.

Pentlane cayó al suelo. Lefty, lleno de pánico, intentó huir.

La bala fue más rápida que él y le alcanzó cuando ya llegaba a la puerta principal. Asió el pomo, pero las fuerzas le fallaron lentamente y se deslizó poco a poco, hasta quedarse inmóvil junto a los paneles de oscura madera.

Mitchell agarró el revólver de Lefty. Inesperadamente, se oyó otra detonación.

Feldon lanzó un horripilante alarido. Mitchell corrió hacia la puerta.

Holmes estaba en el otro lado del vestíbulo. Feldon, arrodillado, con los ojos fuera de las órbitas, se agarraba el pecho con las manos.

Mitchell apuntó cuidadosamente. Holmes chilló al sentir su brazo atravesado por un proyectil. Soltó el arma y se puso la mano en el lugar donde había recibido el balazo.

Casi en el mismo instante, se abrieron con violencia las puertas y las ventanas de la casa. Un montón de policías de uniforme irrumpieron en el edificio. Mitchell dejó caer el revólver al suelo.

—Creo que todo ha terminado ya —dijo.

Phyllis se le acercó y asió su mano.

—Sólo falta el dinero, pero no creo que eso nos importe demasiado —murmuró.

Mitchell hablaba con el oficial que mandaba la fuerza, explicándole todo lo que sabía.

—Por eso les avisé a ustedes —concluyó—. Ignoraba la hora en que los dos hermanos vendrían, pero estaba seguro de que acudirían. El cebo era demasiado atractivo para no morderlo.

—Hay algo que no entiendo —dijo el policía—, ¿Cómo es posible que Edgar Pentlane ignorase el escondite de esos dos millones de dólares?

—Sir Archibald no se fiaba demasiado de él, desde el día en que supo que tenía un hermano nada recomendable. Lefty había hecho algunas trastadas y Edgar siempre le había tapado sus trampas, incluso las que había hecho contra sir Archibald. Por esa razón...

—Pero ¿qué pasa aquí? ¿Qué ha sucedido? —sonó de pronto una voz indignada en lo alto de la escalera que conducía a las habitaciones superiores.

Mitchell, Phyllis y el oficial levantaron la vista. Había dos jóvenes, en el primer peldaño, ambos con bata y ropas de noche.

El policía se adelantó un par de pasos.

—¿Quiénes son ustedes? —inquirió, enormemente sorprendido.

—Me llamo Perry Quinn. Ella es mi esposa. Nos casamos hace menos de veinticuatro horas y decidimos pasar aquí la noche de bodas.

Mitchell se puso una mano ante los ojos.

—Y no han oído nada —murmuró, sonriendo.

Phyllis contuvo una carcajada. Quinn y su flamante esposa descendieron hasta el vestíbulo.

—La casa pertenece ahora a mi madre —manifestó—. No me gusta mucho para vivir aquí, aparte de que tengo mi trabajo en otro lugar. Pero está bien para unos días de luna de miel.

Mitchell miró a la señora Quinn, una joven rubia, bastante atractiva y que aparecía muy conturbada al encontrarse en medio de aquel jaleo.

—Tengo que explicarles muchas cosas —manifestó—. No saben la cantidad de sucesos que se han producido en esta casa durante los últimos tiempos.

—¿Tienen algo que ver con los dos millones de dólares que hemos encontrado mi esposa y yo? —preguntó Quinn.

Mitchell respingó.

—Dice que ha encontrado el dinero...

—Sí. Debió de ser una chifladura de mí padrastro. Nunca congenié con él, aunque reconozco que se portó bastante bien conmigo y me costó los estudios. Pero, en cambio, no trató demasiado bien a mi madre, lo que la obligó a ponerse en

tratamiento de los nervios.

—Y por eso reside sola en Maine.

—En efecto, aunque el viejo la hizo heredera de sus bienes. Pero a mí eso no me importa en absoluto. Tengo un buen empleo... y estoy casado felizmente —sonrió Quinn, a la vez que pasaba un brazo por la cintura de su joven esposa.

—Lo celebro infinitamente —dijo Mitchell—. Y ahora, por favor, y aunque sólo sea a título de curiosidad, dígame, ¿cómo encontraron el dinero?

—Bueno, ocurrió algo raro... Los grifos de la bañera no funcionaban bien... Soy ingeniero y se me ocurrió que podía repararlos. Al quitar el del agua caliente, liberé un resorte, se abrió un trozo de la pared, situada justo encima de la bañera, apareció un hueco...

Mitchell dio una palmada en el hombro del joven.

—Disfruten de ese dinero, Perry. Les pertenece sin ningún género de dudas —dijo.

Luego volvió los ojos hacia Phyllis.

—Creo que deberíamos marcharnos —sugirió.

—Sí, Gratt.

—¡Esperen un poco! —exclamó Quinn—. Pronto amanecerá. Quédense con nosotros. Desayunaremos juntos y entonces me contarán todo lo que ha pasado.

—Iré a preparar el desayuno —se ofreció la señora Quinn.

—Aguárdeme un momento —pidió Phyllis—. Yo la ayudaré, si no tiene inconveniente.

—Será un placer —sonrió la muchacha—. Me llamo Vera.

—Yo soy Phyllis Humpden. ¿Vamos, Vera?

Las dos jóvenes echaron a andar. Phyllis se volvió repentinamente.

—Creo que debo entrenarme para mi nuevo empleo, Gratt —sonrió.

Mitchell asintió.

—Es una buena idea —aprobó, satisfecho.

Los policías abandonaron ya la casa. Mitchell encendió un cigarrillo y se acercó a una de las ventanas.

Las tinieblas se batían en retirada y las estrellas palidecían con rapidez. Llegaba un nuevo día.

Y pronto empezaría una nueva vida, con Phyllis a su lado, pensó complacidamente.

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España **PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.**